

## DESARROLLO DE LA ORFEBRERÍA PRERROMANA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

J. MALUQUER DE MOTES

La extraordinaria riqueza en oro, plata y toda clase de metales constituye el rasgo más destacado de nuestras tierras en la antigüedad. La fama de esa riqueza constituyó el gran estímulo para la exploración del occidente que sucesivas colonizaciones conseguirán integrar al desarrollo de la civilización universal. Que esa fama no era una simple quimera nos lo muestra tanto la arqueología como el panorama que nos ofrecen las fuentes históricas al mencionar datos concretos suficientemente explícitos de esas riquezas. Por ello un tema como el de la orfebrería tiene un interés singular en un país que puede disponer de la materia prima sin necesidad de condicionamientos especiales.

Toda consideración sobre orfebrería puede centrarse en dos aspectos distintos. Uno puramente tecnológico, otro como fenómeno cultural. Creemos que cualquier desarrollo técnico aparece en función de una realidad socio-económica en el marco histórico de un momento dado. Por ello trataremos de delinear el desarrollo de la orfebrería antigua española en función de su propia evolución histórica.

Como antecedente general sólo recordaremos que el desarrollo de la capacidad de observación había llevado al hombre al descubrimiento de todos aquellos elementos que le ofrecía la naturaleza que pudieran convertirse en un «factor diferenciador» y por lo mismo fueran susceptibles de valoración.

Desde el desarrollo del Paleolítico superior aparecerá bien documentado el uso de conchas, colmillos piedras de colores o piedras de formas raras, cristales, fósiles, etc., para la fabricación de collares, brazaletes colgantes y adornos en general. La simple recolección de esos objetos nos indica que llegaron a alcanzar una categoría semejante a los primitivos trofeos de caza (colmillos, dientes, astas, etc.), a los que, en definitiva, sustituirán con la superación de la simple economía de caza durante el desarrollo del nuevo género de vida neolítico. La búsqueda y fabricación de esos objetos y materiales de «lujo» había creado incluso una verdadera especialización, que constituye en definitiva un antecedente del artesano orfebre. Más aún, en el creciente

aumento de prestigio que origina la sistemática búsqueda de esos materiales, que destacan por sus propias cualidades (color, peso, brillo, ductilidad), la observación de la coloración general de determinados terrenos constituye, como es bien sabido, la premisa indispensable para el nacimiento de la minería y el posterior desarrollo metalúrgico. En esa etapa inicial, el oro, la plata, el electrón y el cobre nativo fueron usados como simples piedras. En nuestra Península, sin embargo, no hemos podido documentar un solo caso de utilización de metales que no comporte una labor de verdadera orfebrería.

La primera documentación que poseemos nos indica que en occidente la orfebrería nace como complemento de una actividad minera a raíz de las primeras explotaciones y uso del cobre durante el desarrollo de la civilización megalítica. Esa actividad arranca de la colonización neolítica mediterránea en un momento antiguo, aunque no precisable, del cuarto milenio antes de la Era.

En esa época el comienzo de la minería del cobre vino favorecido por el desarrollo del clima suboreal dominante, que habiendo contribuido a degradar la vegetación favorecía en gran medida los fenómenos de erosión que denudaban la superficie en amplias zonas. La existencia de arenas auríferas en tantos ríos peninsulares, incluso en épocas históricas recientes, permite sospechar la existencia de verdaderos «placers» antes de su sistemática explotación durante la etapa del Bronce final y la Edad del Hierro. Incluso en zonas de rocas pobres en mineral, la erosión puede llegar a provocar la formación de aluviones relativamente ricos en oro concentrados por su densidad. El descubrimiento de esos aluviones, facilitado por el brillo del oro, no ofrecía dificultades para prospectores interesados primariamente en obtener cobre.

Los datos conocidos permiten afirmar categóricamente que la minería del cobre no nace en occidente y que los primeros mineros proceden del Mediterráneo oriental, donde esa actividad aparece documentada en épocas muy anteriores. Esa consideración es importante, puesto que admitirla significa que esos mineros no sólo conocían también el oro, sino el «valor» que al mismo se otorgaba en las áreas orientales de las que procedían.

Por consiguiente, con los datos actuales hemos de considerar el comienzo de la orfebrería occidental como una actividad exótica de modo análogo a la verdadera minería.

Los primeros objetos de oro aparecen en forma de espirales, anillos o simples laminillas arrolladas siempre con el carácter personal de verdaderas joyas. En la mayor parte de los casos aparecen en relación a yacimientos o monumentos de la cultura megalítica. Así, por ejemplo, se han señalado objetos de oro en los sepulcros de Gandul G., Cañada del Carrascal, Loma de Belmonte 1, etc., en el área megalítica del Sudeste. También los vemos en el valle del Gua-

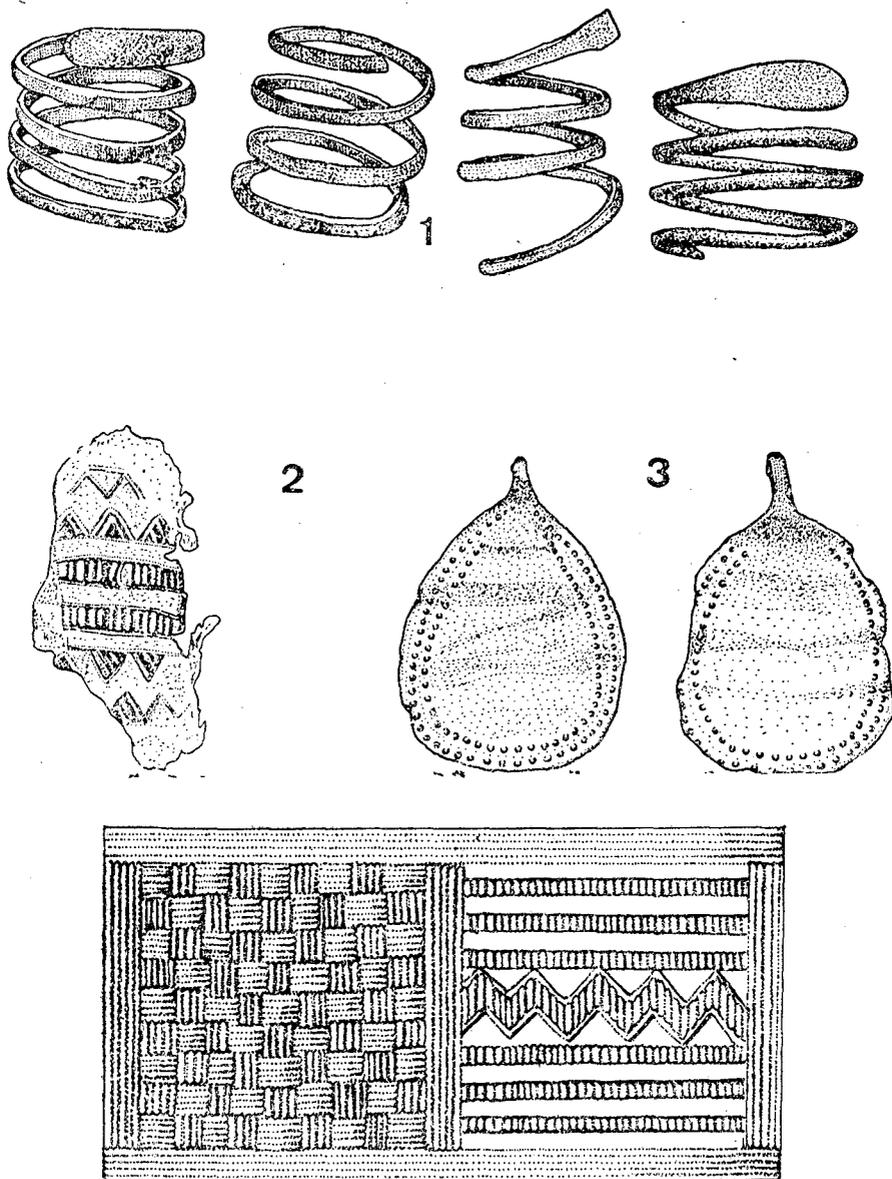


Fig. 1. — Primeras joyas peninsulares de oro: 1, Anillos de la cultura del Vaso Campaniforme (Tholos de Barro y Monumentos de San Pedro de Estoril); 2, Fragmento de lámina de oro de un sepulcro de Alcalá; 3, Arracadas de Ermengeira, Portugal (De Leisner); Decoración de una lámina de oro de Los Algarbes, Tarifa (Cádiz). (De fotografía.)

dalquívir y en el occidente, Matarrubilla, Tholos de Barro, Cova de Moura, Ermengeira, Belavista, Alcalá, Cascais, etc.<sup>1</sup> No faltan en zonas más interiores, como en Aldeavieja, en Salamanca,<sup>2</sup> e incluso en la región centro pirenaica del Roncal, como en Sakulo, y en mayor abundancia aún en dólmenes de la vertiente pirenaica francesa del Aveyron, o en monumentos megalíticos catalanes (Dolmen de Torrent).<sup>3</sup>

Podemos, incluso, alcanzar mayores precisiones sobre el momento inicial del uso del oro. En la Península, la cultura megalítica tiene una duración extraordinaria que alcanza cerca de dos milenios, pero el oro labrado sólo aparece en el momento avanzado de dicha cultura. Si catalogamos todos los hallazgos de oro efectuados en dólmenes y construcciones megalíticas observamos que en su gran mayoría coinciden en aquellos sepulcros que continuarán usándose durante la etapa del vaso campaniforme. Ahora bien hoy se admite que cultura megalítica y vaso campaniforme no constituyen un fenómeno identificable. El vaso campaniforme representa en realidad un factor «tardío e intrusivo» en el desarrollo megalítico, correspondiendo a su momento final y más decadente, cuando ya el megalitismo ha perdido en gran parte su dinámica expansiva.

Esta interpretación se apoya en el hecho constantemente repetido de que en los casos que se pueden efectuar observaciones correctas, las inhumaciones con vaso campaniforme corresponden al último momento de utilización del sepulcro. Incluso muchas veces éstos aparecen con las cámaras arruinadas o rellenas y las inhumaciones con vaso campaniforme se hallan en el corredor o en algún hueco producido por el hundimiento de alguna de las losas. No es infrecuente incluso que lo hallemos sobre las losas caídas en el interior de las primitivas cámaras sepulcrales.<sup>4</sup>

En realidad, cultura megalítica y vaso campaniforme responden a dos sociedades distintas, caracterizándose la primera por su organización en clanes o grandes familias, mientras ofrece el vaso campaniforme la prueba de una fuerte corriente individualizadora, que no sabemos si responde a una diferencia étnica o a la presencia de una determinada clase social nueva, quizá separada en virtud de su tipo de actividad y especialización como verdadera casta.

1. G. u. V. LEISNER, *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*. Berlin, 1943-65.

2. C. MORÁN, *Excavaciones en dólmenes de Salamanca*. JSEA, Madrid, 1931.

3. J. MALUQUER DE MOTES, *Notas sobre la cultura megalítica navarra*. Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona, PE n.º 7, 1964. — L. PERICOT, *Los monumentos megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*. Barcelona, 1950.

4. J. MALUQUER DE MOTES, *Excavaciones en la galería cubierta de Vallosera* (Que-rol). Excavaciones en España, n.º 20. Madrid, 1963. — J. M. DE BARANDIARÁN y D. FERNÁNDEZ MEDRANO, *Excavaciones en el dolmen de San Martín*, en *Boletín de la Institución «Sancho el Sabio»*, VIII, n.º 1-2. Vitoria, 1964. — Ídem, *Investigaciones arqueológicas en Alava, 1957-1968*. Vitoria, 1971, pág. 173.

La vinculación de la primera orfebrería del oro a la población que utiliza la cerámica campaniforme se confirma muchas veces cuando aparecen sepulturas individuales no megalíticas de esa época, como la del Pago de la Peña en Villabuena del Puente (Zamora).<sup>5</sup> Por consiguiente son los portadores del vaso campaniforme los que descubren la riqueza aurífera española y su actividad inicial puede remontarse a mediados del tercer milenio.

La técnica utilizada en esta primera etapa es muy simple. Se limita a la preparación por martillado de delgadas laminillas en forma de cintas de aplicación o bandas. También se usa el hilo de oro con secciones redondeadas o cuadrangulares. Inicialmente esas joyas no se decoran, y su color, brillo y rareza constituyen su mayor atractivo, pero pronto hallaremos la presencia de una verdadera decoración que, desde el punto de vista técnico, ofrece dos variantes. Unas veces, un simple decorado de puntos en relieve ocasionados por presión directa de un punzón sobre la cara inferior de la pieza. En algunos casos se observa que la presión se ha ejercido con un instrumento excesivamente agudo y ha llegado a perforar la hoja de oro.

Otras veces es una decoración geométrica más compleja, no incisa, sino seudo repujada. Los temas son similares a los que decoran la cerámica campaniforme y no puede descartarse incluso la posibilidad de que se utilizara cerámica para conseguir ese repujado por simple presión.

Notemos, sin embargo, que esta joyería, desde el primer momento, nos indica la existencia de una sociedad muy sofisticada. En el tholos de Barro vemos anillos de oro constituidos por un hilo, que forma cuatro espirales. Uno de ellos quiere representar una serpiente. El hilo, en este caso de sección circular, aparece aplanado en un extremo y alargado para representar la cabeza, mientras el cabo opuesto se afila y agudiza en forma de apéndice caudal. En otros casos, como en Palmela, anillos análogos, también con cuatro espiras, son más simples y se utiliza hilo de sección cuadrada.

El tema del ofidio que inaugura esta primerísima orfebrería peninsular no es en sí original, y aparece también en las culturas del próximo Oriente. Parece ser que se hallaba en el patrimonio espiritual de los primeros mineros occidentales que le otorgarían quizás el carácter de verdadero símbolo de su propia actividad excavadora.<sup>6</sup> Señalemos como dato de interés el hecho de que la primera interpretación de un ofidio aparezca en tierra portuguesa que en la antigüedad

5. J. MALUQUER DE MOTES, *Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme*. Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona. PE n.º 3, 1960.

6. La serpiente que se esconde en los agujeros bajo tierra aparecerá con frecuencia en la antigüedad mediterránea vinculada a divinidades ctónicas o salutíferas y tiene un papel importante en todas las mitologías.

desarrolló una amplia mitología ofiolátrica, y en el que sus propios habitantes serán denominados *saefes*.<sup>7</sup>

Con la misma técnica del martillado de la hoja se fabrican las dos famosas arracadas de Ermengeira, constituidas por dos láminas ovales con su respectivo apéndice de sujeción, decorados con una doble línea de puntuaciones en relieve que resiguen el contorno.<sup>8</sup>

Observemos que desde este primer desarrollo la orfebrería nos ofrece verdaderas joyas delatorias de una sociedad en la que se halla un alto grado de concentración del poder. A ello responde la aparición de diademas, simples láminas lisas o decoradas por las técnicas mencionadas que posiblemente se utilizarán montadas sobre una banda de tela o cuero. Estas primeras diademas poseen simples agujeros en sus extremos y se atarían mediante cintas, puesto que carecen de verdaderos pasadores o cierres metálicos.

Entre los mejores ejemplos de diademas sencillas, lisas, figura la que procedente de una sepultura de Montilla (Córdoba) guarda el Museo Arqueológico de Barcelona. Junto a esa diadema, otras bandas menores lisas pudieron utilizarse como verdaderas pulseras. Estos hallazgos corresponden sin duda a la época del vaso campaniforme.<sup>9</sup>

Menos clara es la datación de la famosa y singular diadema de oro hallada en el siglo pasado en la cueva de Los Murciélagos de Albuñol (Granada), con su elegante perfil en forma de banda, que se ensancha en su parte central, adelgazándose hacia los extremos. Esta diadema, que apareció en la sien de un personaje semimomificado por el salitre de la cueva, suele calificarse de neolítica, pero en realidad el contexto arqueológico con el que aparece nos indica corresponder a una época posterior al floruit de la cultura megalítica andaluza.<sup>10</sup>

Este tipo de diademas en forma de cintas constituyen en realidad

7. Cf. A. SCHULTEN, *FHA* I (Avieno v. 195). Sobre ese culto de la serpiente en Galicia, F. LÓPEZ CUEVILLAS y F. BOUZA BREY, *Os Oestrimnios, os Sefes e a Ofiolatria em Galiza. Arquivos do Seminario de Estudos Galegos II*. La extensión en el sur y sudoeste de un verdadero tabú de la serpiente puede tener una raíz antiquísima, prehistórica, y reflejar las relaciones entre grupos de pueblos distintos.

8. G. u. V. LEISNER, op. cit., 1965, lám. 180.

9. J. CABRÉ, *Espoli funerari amb diadema d'or d'una sepultura de Montilla (Còrdova)*, en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 1915-1920, p. 539.

10. M. DE GÓNGORA, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Madrid, 1968, lám. I, 1. La diadema está constituida por una finísima lámina de oro batido sobre una superficie lisa y carece de toda decoración. En cada extremo ofrece un par de agujeros muy pequeños con perforación irregular y tosca, que muestra en la parte posterior las rebabas dobladas. Mide 650 mm. de longitud por anchura máxima y mínima de 60 mm. y 15 mm., respectivamente. Constituye una pieza soberbia, que tuvo que ser montada, quizá pegada sobre una banda flexible, pero lisa, que pudo ser cuero o piel, pero no tela, puesto que dada la extrema delgadez de la hoja, la trama habría quedado impresa en la hoja. Los agujeros de los extremos se utilizarían para asegurar más la hoja mediante clavijas o pequeños remaches, pero no para cerrar la diadema, pues son demasiado endebles. El broche de cierre de la diadema sin duda arrancaría del cuero.

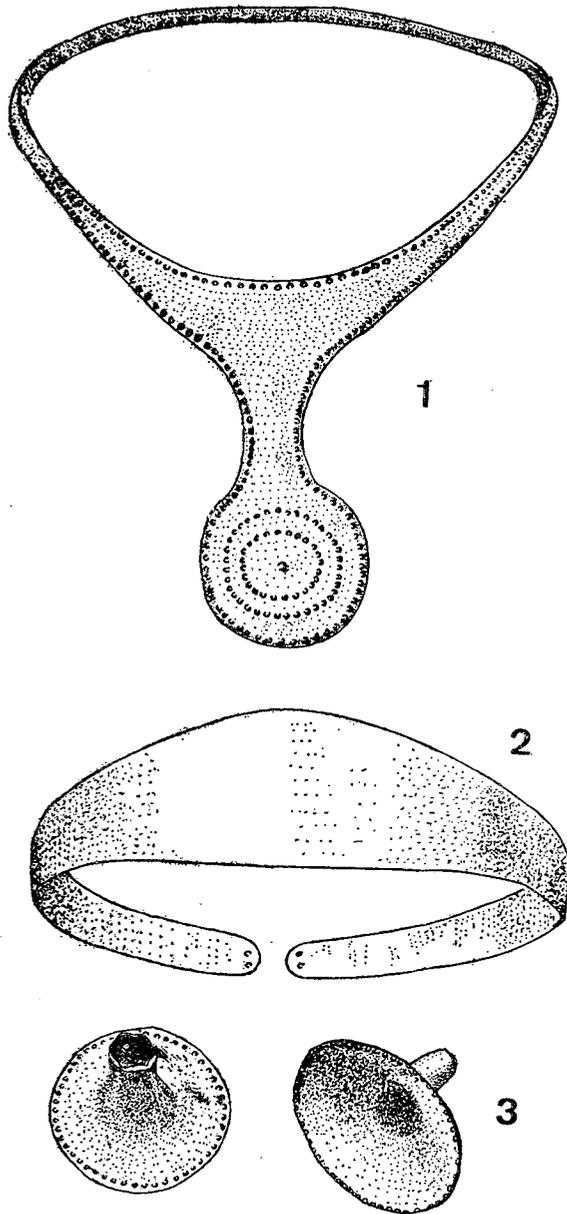


Fig. 2. — Diadema de Cehegin (Murcia); 2, Diadema de la cueva de Los Murciélagos de Albuñol (Granada); 3, Trompetillas de oro del Cabezo Redondo (Villena, Alicante).

versiones occidentales del tipo de diadema que aparece profusamente representado en el área egea durante la época minoica. En algunos casos, la aparición de una decoración de tipo geométrico, análoga a la decoración de la cerámica campaniforme, pone una marcada nota de occidentalismo. Así vemos, por ejemplo, una diadema hallada en Agua Branca (Portugal), en forma de sencilla cinta, ofrece una decoración geométrica pseudo repujada, siguiendo todo el contorno.<sup>11</sup> El mismo tipo de decoración ofrece un fragmento de diadema de la sepultura n.º 1, de Alcalá, en la que alternan líneas de triángulos inversos, con rayado oblicuo entre líneas horizontales del tipo del vaso campaniforme geométrico. También entre los numerosos fragmentos de diademas de oro hallados en el corredor del famoso sepulcro de Matarrubilla (Sevilla) observamos idéntica decoración geométrica.<sup>12</sup>

Vemos en conjunto cómo esa primera orfebrería de oro aparece vinculada a una clase dirigente, a unos jefes que nos indican cómo el oro es reconocido no simplemente como un objeto de adorno, sino como un verdadero símbolo de autoridad y riqueza. Y por ello mismo lo veremos empleado en realzar la calidad de algunas armas. En el Pago de la Peña, un enterramiento del vaso campaniforme proporcionó un gran puñal de cobre, cuya empuñadura estuvo decorada con una delgadísima cinta de oro (de 2 mm. de ancha), con más de 1 m. de longitud, recortada formando zigzag en la misma forma que aparece decorada la cerámica campaniforme de la misma sepultura.<sup>13</sup>

Un nuevo capítulo lo constituye la cultura del Argar con la primera utilización de la plata en la orfebrería hispana. El uso de la plata bien documentado desde los trabajos de Luis Siret en el siglo pasado inaugura uno de los aspectos de la orfebrería peninsular que alcanzó mayor renombre. La primera plata utilizada parece proceder de la región de Herrerías en Almería y tratarse en realidad de plata nativa.<sup>14</sup> Por consiguiente, desde un punto de vista exclusivamente técnico no representa en sí mismo un gran avance de la metalurgia y puede fácilmente admitirse que la fusión de la plata debía hallarse

11. Publicada por J. FORTES, *A sepultura da Quinta da Agua Branca, en Portugalia*, II, 1905-8, ha sido reproducida infinidad de veces. Véase, por ejemplo, P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona, 1932, pág. 183, fig. 134.

12. F. COLLANTES DE TERÁN, *El dolmen de Matarrubilla, en Tartessos*, V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona. Jerez de la Frontera, 1968. Barcelona, 1969, págs. 47 ss.

13. J. MALUQUER DE MOTES, *Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta*. Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, PE n.º 3, Barcelona, 1961. El puñal poseería un mango de madera o de hueso rematado por una arandela troncocónica de hueso, que se ha conservado. La cintilla de oro, recortada en zigzag en una fina lámina, iría pegada a la madera, más que embutida, técnica a la que no se presta esa cinta por su extrema delgadez.

14. L. SIRET, *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona, 1890.

normalmente en el patrimonio técnico de los primeros mineros que buscaron el cobre. Por consiguiente creemos que no es necesario presuponer que el comienzo de la orfebrería de la plata responda a una nueva oleada de técnicos metalúrgicos en relación al primer conocimiento del oro, aunque el conocimiento de la gran riqueza en plata del Sudeste peninsular pudo muy bien ser uno de los mayores estímulos mediterráneos que cuajaron en la cultura argárica que precisamente se tiende a valorar como consecuencia de una nueva colonización egeoanatólica.

En los yacimientos propiamente argáricos estadísticamente predominan las joyas de plata sobre las de oro, lo que no justifica su menor aprecio, sino simplemente su substitución. La plata era fácil de obtener en el Sudeste, mientras de oro apenas se han señalado ríos o torrentes con arenas auríferas en la región. Por otra parte, el metal de las escasas joyas de oro que aparecen en los yacimientos argáricos litorales, por su coloración indicadora de un alto porcentaje de plata, responden más a un electro cuyo origen concreto no ha podido ser precisado y que incluso si admitimos el origen egeoanatólico de los fundadores de la cultura del Argar, pudiera tratarse de metal importado, exótico.

En el poblado del Argar, aunque procedentes de los enterramientos del subsuelo de las viviendas frente a más de 2 kilogramos de plata que representaban los 320 objetos hallados, sólo aparecen seis objetos de oro con un peso total de 13 gramos. Esta proporción se repite sensiblemente en otros yacimientos, como en el poblado del Oficio, con 333 gramos de plata entre 42 joyas y sólo dos piezas de oro, con nueve gramos en total. En Fuente Alamo la proporción es la misma, con 33 joyas de plata y sólo dos de oro. Por consiguiente, el uso de la plata en la cultura del Argar parece responder en esencia a un fenómeno local derivado de la abundancia de plata nativa. Con la expansión argárica hacia el interior motivada por las necesidades de la metalurgia del bronce, la población entra en contacto con zonas más ricas en oro y la proporción desaparece, predominando los objetos de oro sobre los de plata.

Tipológicamente las joyas argáricas responden a las mismas formas sencillas que hemos señalado para la orfebrería del oro de la época del vaso campaniforme. Se trata de anillos simples o con varias espirales, brazaletes formados por un simple hilo de oro, plata o cobre, aretes para arracadas, todo muy simple y análogos a los numerosísimos objetos de cobre que indudablemente constituyen un aspecto no desdeñable de la orfebrería primitiva.

Mayor originalidad ofrecen las diademas argáricas. Además de las sencillas bandas o cintas aparecen ahora las diademas, que en su parte central presentan un engrosamiento que remata en un apéndice

con un disco. En el poblado del Argar estas diademas son de plata, pero la forma alcanzó una mayor difusión, puesto que en Cehegín (Murcia) aparecerá una diadema análoga, pero en oro. En las excavaciones realizadas por Siret, una de estas diademas se conservaba rodeando un cráneo en la sepultura número seis con el apéndice dirigido hacia la nariz, lo que ha sido interpretado como si dicho apéndice hiciera las funciones de un colgante. Creemos que tal disposición venía obligada por la necesidad de embutir el cadáver en el interior de la tinaja que servía de sarcófago y nos parece más lógico suponer que la diadema se colocaría sobre la frente con el disco hacia la parte superior. Así parece indicarlo el perfil general de las diademas, que suelen mantener su línea recta en la parte inferior. En ese caso parece lógico ver en el tipo específico de esas diademas argáricas una interpretación occidental de la idea del *ureus* que preside la corona real del Bajo Egipto.

Esas diademas son lisas o aparecen decoradas con puntos en relieve mediante presión en la parte posterior. La mencionada diadema de Cehegín aparece decorada por una línea de puntos con un punto central en el disco, o sea un tipo de decoración que ya habíamos visto en las arracadas de Ermengeira y que volveremos a hallar en un nuevo tipo de joyas sobre las que se ha llamado últimamente la atención a raíz del descubrimiento del célebre tesoro de Villena.

Se trata de unos pequeños embudos o trompetillas hechos con una fina hoja de oro, que en su extremo poseen uno o varios agujeros para su sujeción a un cuero, tela u otros materiales. A menudo aparecen decorados en todo su contorno mediante el repujado de puntos en relieve, igual que la diadema de Cehegín o las arracadas de Ermengeira. En el llamado tesorillo de Cabezo Redondo aparecen varias piezas de este tipo, una de las cuales procede de una sepultura infantil del mismo lugar. Otras piezas análogas han sido halladas en una cueva malagueña (Cueva del río Jorox — Alozanía —) permanecen inéditas en el Museo de Málaga. Desconocemos totalmente la finalidad de estas piezas, aunque indudablemente constituyen elementos que enriquecían un objeto más complejo.<sup>15</sup>

En este sentido también podrían relacionarse con estos embudos los pseudo botones de oro aparecidos al norte de la provincia de Huelva (Arocena), que consisten en una semiesfera picuda con un borde plano horizontal con perforaciones para ser sujetados o cosidos a otro material. En el Museo Arqueológico de Sevilla se exhiben dos piezas de

15. J. SOLER, *El Tesoro de Villena. Excavaciones en España*, n.º 36, Madrid, 1965. El conocimiento de los hallazgos de la cueva del río Jorox, Alozanía, Málaga, hemos de agradecerlo al director del Museo de Málaga, señor Casamar, que asimismo nos ha facilitado la fotografía del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid.

ese tipo y procedencia, y hemos visto otro ejemplar en la colección de Carlos Cerdán, de Huelva.

El carácter argárico de todo este conjunto de piezas es discutible, puesto que en ningún caso los ejemplares que conocemos proceden de un poblado típicamente argárico. El tesorillo del Cabezo Redondo sobre el que volveremos luego, corresponde a un típico conjunto de orfebre constituido por piezas amortizadas para la recuperación del metal, sin que falte el consabido lingote de oro a medio utilizar. Su principal interés aquí está en el hecho de que nos pone en evidencia el uso de una técnica de fabricación de lingotes de oro que no teníamos documentada en la época de la cerámica campaniforme y que alcanzará gran boga a fines de la Edad del Bronce y hasta épocas históricas.

El poblado del Cabezo Redondo corresponde evidentemente a una época cronológicamente paralela a la etapa argárica. Incluso los análisis efectuados mediante el Carbono 14 nos muestran que se trata de un poblado habitado durante la segunda mitad del segundo milenio, sin que haya sido estudiado suficientemente para fijar ni la época inicial ni en cuál momento dejó de habitarse. El tesorillo aparecido a raíz de la explotación de una cantera no tiene por el momento un contexto arqueológico seguro y las piezas que lo componen por tratarse de un material de recuperación de un orfebre no son necesariamente todas de la misma época. Lo que sí puede adelantarse es que la presencia de una trompetilla de oro del tipo que analizamos en un enterramiento infantil con cerámica lisa de la Edad del Bronce semejante a las especies más generalizadas en el poblado del Cabezo Redondo, justifica que esas joyas puedan considerarse de la Edad del Bronce, que puede ser cronológicamente más avanzada que el momento inicial de la cultura del Argar.

Uno de los problemas no resueltos es la relación que existe entre la joyería del vaso campaniforme y la del Argar. Aunque en ésta aparezca como novedad la técnica de la fundición, ambas realizaciones entran de lleno en lo que podríamos denominar joyería mediterránea. Pero no podemos olvidar que la cultura argárica florece en plena Edad del Bronce y que sólo se realiza con verdadera plenitud cuando consigue entrar en contacto con los territorios occidentales donde la existencia de estaño le permite desarrollar la buena metalurgia del bronce propiamente dicho tras los repetidos ensayos de aleaciones con arsénio y plomo.<sup>16</sup>

Cronológicamente no podemos olvidar que una buena parte del desarrollo tardío del vaso campaniforme es paralelo al comienzo de la cultura argárica y que incluso en el propio yacimiento del Argar

16. L. SIRET, *op. cit.*

fue hallada cerámica campaniforme geométrica.<sup>16</sup> En realidad nos hallamos en presencia de dos mundos, uno litoral, urbano, individualista, dedicado a una economía de transformación, intercambio y comercialización. Otro interior, señorial, constituido por grupos autosuficientes, con gran movilidad, que recorren territorios de gran riqueza aurífera. La relación entre ambos grupos constituye el capítulo más oscuro de la Edad del Bronce.

La expansión de la metalurgia del Argar hacia el interior permite entrar en contacto con terrenos más ricos en oro, y en consecuencia la actividad de los orfebres se proyecta hacia un plano de realizaciones mucho más amplias. A este momento corresponde la aparición de las grandes espadas con la empuñadura de oro, de las que el ejemplar de la colección Rodríguez Bauzá, que se guarda en el Museo Arqueológico Nacional, constituye la pieza príncipe. En el mundo argárico, las espadas constituían la mejor prueba de una sociedad perfectamente estratificada. Las espadas eran siempre armas de gran lujo que se enriquecían incluso mediante clavos de plata, al estilo de las famosas espadas micénicas.

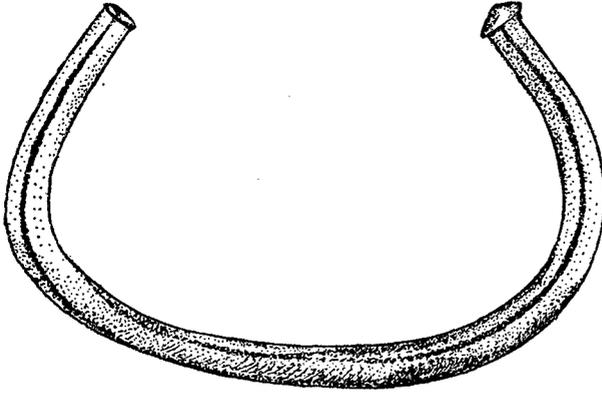
Las espadas del Argar, con ancha base y leve escotadura, son las típicas espadas mediterráneas que han sustituido los anteriores sistemas de empuñadura con espiga o lengüeta por una corona de clavos remachando el pomo. La hoja ancha, y reforzada por engrosamiento en su centro, carece del nervio central que será la característica de las espadas continentales del Bronce final. Por ello todas las espadas peninsulares sin nervio en la hoja han sido calificadas abusivamente de argáricas, y lo son en realidad desde un punto de vista tipológico, aunque no cronológico, puesto que armas con empuñadura de clavos persisten hasta la Edad del Hierro.

La espada de la colección Bauzá, por desgracia, carece de contexto arqueológico.<sup>17</sup> Pieza adquirida en el comercio, no existe incluso la menor seguridad sobre su procedencia, aunque últimamente se insiste en considerarla de la zona de Guadalajara. En su estado actual ha sufrido amplias manipulaciones y el pomo aparece ajustado mediante clavijas modernas. Ese pomo es de sección circular con tope discoide y aparece enteramente forrado mediante chapas de oro, que se ensanchan y recubren toda la parte de unión donde figuran cinco clavos. La chapa aparece repujada con una decoración que forma un doble arco de herradura en la guarda y dos líneas de puntos gruesos y líneas de hoyuelos que recuerdan la célebre decoración de punto en raya o del Boquique de la cerámica de la Meseta. Esta decoración, por sí misma, es suficiente para indicarnos que nos hallamos muy alejados

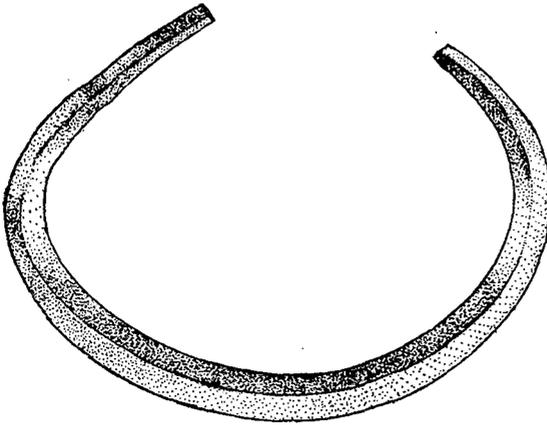
17. J. M. de CARRIAZO, *La Edad del Bronce*, en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, tomo I-a, Madrid, 1947, págs. 784-5, figs. 608-9.

del mundo argárico en pleno Bronce final o comienzo de la edad del Hierro.<sup>18</sup>

Esta espada no es pieza única, ya que existieron, al parecer, nu-



1



2

Fig. 3. — Brazaletes de oro sencillos de Serra das Antas (Ourique, Portugal).

meras espadas con empuñadura decorada con oro, a juzgar por los restos de empuñaduras que se conocen. Una espada procedente de un hallazgo de Villaviudas (Palencia) conserva en la parte supe-

18. La cerámica decorada con incisiones de punto en raya es característica de toda la Meseta, aunque no es exclusiva de ella, pues hoy se señala una gran extensión por todo el mediodía, cuenca del Guadalquivir y hasta el propio Estrecho (hallazgos inéd-

rior de la hoja la huella del empuñadura<sup>19</sup> en forma de un doble arco de herradura. Parece ser, por consiguiente, que la decoración de la chapa de oro de la espada de la colección Bauzá, formando también un doble arco, venía determinada por la propia empuñadura. Esto parece sugerir una cierta relación de estas espadas con armas de bronce atlánticas con doble ojal en la base.<sup>20</sup>

En la propia colección Bauzá existía el resto de otro pomo de espada, con la particularidad de ofrecer un tallo de sección rectangular, aunque la decoración de la guarda debió ser análoga. Tenemos también referencia de otras dos piezas, cuyos fragmentos, según Carriazo, fueron ofrecidos en venta hace algunos años, junto con un lote de brazaletes incompletos, como un tesoro hallado en tierras de Cuenca y cuyo paradero se ha ignorado durante mucho tiempo.<sup>21</sup> Al parecer se halla en el British Museum, donde lo ha localizado Martín Almagro Gorbea, que prepara su estudio. El interés de ese hallazgo conquense estriba en que aparece un fragmento de brazaletes con calados, análogos a los del tesoro de Villena y, por consiguiente, de poderse considerar el lote de Cuenca como formando parte de un conjunto homogéneo, lo que es difícil dadas las circunstancias totalmente desconocidas del hallazgo, existiría la posibilidad de integrar el tipo de espadas de la colección Bauzá al horizonte representado por el conjunto de Villena.<sup>22</sup>

La expansión de la metalurgia argárica hacia el interior tuvo como consecuencia inmediata el verdadero descubrimiento de la gran riqueza aurífera del occidente y noroeste, donde pronto hallaremos un foco metalúrgico independiente, cuyo desarrollo inicial es desconocido. Lo que sí puede afirmarse es su temprana relación con otras tierras atlánticas europeas, y, en consecuencia, pronto veremos aparecer diversas joyas que marcan una notable diferencia con la joyería argárica.

La abundancia de oro se refleja en la mayor suntuosidad y peso de las joyas. Hallaremos grandes brazaletes abiertos formados por chapa ancha decorado con gallones que recuerdan el famoso vaso

tos de Tarifa, obtenidos en las excavaciones de Carlos Posac). En la Meseta esta cerámica «incrustada» aparece normalmente asociada con cerámica «excisa» del Bronce final y comienzos del Hierro (J. MALUQUER DE MOTES, *La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro*, en rev. *Zephyrus*, VII, Universidad de Salamanca, 1956).

19. P. de PALOL, *Espada de bronce de Villaviudas (Palencia)*, en *Bol. Sem. EAA de Valladolid*, n.º 35.

20. Véanse, por ejemplo, los puñales característicos de tierras asturianas y gallegas con grandes ojales en la guarda, en M. ALMAGRO, *El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa*, en rev. *Ampurias*, II, Barcelona, 1940, pág. 105, fig. 23.

21. J. de M. CARRIAZO, op. cit., pág. 782, fig. 606.

22. M. ALMAGRO GORBEA, *Trabajos de Prehistoria*, I, Madrid, 1968.

áureo de Rillaton, cuya cronología en Inglaterra ha sido, a nuestro juicio, exageradamente retrasada.<sup>23</sup> A este tipo pertenecen, por ejemplo, el brazalete en ancha chapa gallonada de la colección Blanco Cicerón y de hallazgo gallego incierto. Otras veces la chapa aparece recorrida, y en lugar de gallones aparecen las chapas divididas en tiras, usándose esta técnica tanto para brazaletes como para collares.<sup>24</sup>

Es realmente en el tercer período del Bronce europeo cuando se inician los grandes movimientos de pueblos que durante siglos repasarán el Pirineo para aposentarse en la Península, donde se introducen muchos de los elementos de la cultura europea de los túmulos de la Edad del Bronce. La presencia de estos pueblos, cuya sistematización en la Península no ha sido aún realizada, tiene una gran importancia para el desarrollo de la orfebrería peninsular, que decididamente va a orientarse hacia Europa.<sup>25</sup>

Hemos visto hasta ahora cómo las joyas representaban un objeto de adorno que en muchos casos, por la parquedad de su utilización, alcanzaban el carácter de verdadero símbolo de autoridad (diademas, espadas). La llegada de numerosos grupos de pueblos europeos pastores, con una fuerte organización patriarcal, marcará un cambio profundo en la orfebrería y ahora aparece con pleno desarrollo el concepto de riqueza. Los jefes de los núcleos señoriales, junto a lujosas armas, disponían de ricas vajillas de oro y plata, por las que rivalizaban los jefes entre sí. Poder, nobleza, riqueza y posesión de tesoros van a ser sinónimos. El proceso general de las sociedades europeas durante la plena Edad del Bronce será la consecuencia inmediata del contacto con el mundo micénico.

Este nuevo concepto que identifica el poder y la riqueza con la posesión de oro y plata labrada tiene amplias consecuencias. En la etapa argárica las joyas son usadas indistintamente por hombres y mujeres. Ahora vemos tal multiplicación de ajorcas y brazaletes que indican una utilización femenina más acusada. Entre los pueblos continentales frente a las áreas mediterráneas el marcado predominio masculino tiene como contrapartida el que se enriquezca a las mujeres, esposas o concubinas esclavas o no, cubriéndolas materialmente de joyas, cuya propiedad en realidad no pierde el dador, puesto que con la mujer engalana su propio patrimonio. La visión homérica del mundo aqueo nos ofrece la imagen más adecuada del desarrollo de la sociedad europea de la Edad del Bronce.

En realidad, en la Península, con la penetración de los pueblos

23. La vasija de oro de Rillaton se reproduce en casi todas las obras de Prehistoria europea. Una buena foto puede verse en J. F. S. STONE, *Wessex before the Celts*. Londres, 1963, fig. 62.

24. J. de M. CARRIAZA, op. cit., pág. 782, nota 10.

25. L. PERICOT - J. MALUQUER DE MOTES, *La Humanidad Prehistórica*. Barcelona, 1969.

europesos de mediados de la Edad del Bronce, se acentúa la dualidad que ya habíamos señalado de unas zonas interiores con predominio de regímenes señoriales durante la fase final de la cultura del vaso campaniforme y las zonas periféricas urbanas del mediodía y sudeste. Esta dualidad vendrá marcada en lo sucesivo con la aparición de un nuevo factor, la colonización mediterránea histórica de fenicios y griegos.

Así en el desarrollo de la orfebrería hallaremos un área periférica que se caracterizará por la introducción de joyas exóticas con unas técnicas que habrán de dar lugar a lo que podremos calificar de orfebrería tartésica. En el interior, y en particular en las áreas centro occidentales, una joyería indígena, con unas técnicas simples, se enriquece súbitamente en su tipología y en su ornamentación gracias a las constantes relaciones atlánticas y continentales que abocarán a la formación del gran foco metalúrgico del noroeste.

Estamos lejos aún de poder sistematizar la orfebrería continental, e incluso de poder fijar con precisión su cronología. Prácticamente todas las joyas o conjuntos que poseemos carecen de contexto arqueológico. Son piezas sueltas o escondrijos. Sucede con ellas lo mismo que con los famosos depósitos de bronce.<sup>26</sup>

La evolución arranca del tercer período de la Edad del Bronce continental y abarca toda la duración del cuarto período, aproximadamente hasta el siglo VIII. Y todo ello antes de que la diáspora provocada por los movimientos de los campos de urnas introduzcan técnicas nuevas en la orfebrería que serán en parte deudoras de la inspiración mediterránea captada a lo largo de la ruta del ámbar procedente de los centros metalúrgicos itálicos.

En una breve enumeración de problemas no podemos abarcar la totalidad de la orfebrería peninsular. Nos limitaremos a comentar ciertos aspectos a partir de la consideración de determinados hallazgos.

En primer lugar señalemos como características fundamentales del área continental la presencia exclusiva de la orfebrería del oro. Su simplicidad técnica y decorativa y la exigencia de una gran cantidad de metal. Un ejemplo bien característico lo ofrece el tesoro de Caldas de Reyes (Pontevedra) con sus tres vasijas bicónicas de perfil suavizado y sus irregulares asas salientes, sus torques, sus pulseras pesadas y toscas, y su famoso peine de oro. La labra de las vasijas señala una acusada tosquedad. Por el contrario, su leve decoración geométrica incisa indica la existencia de un pleno sentido decorativo.

26. Un estudio completo de la orfebrería del occidente peninsular sólo podrá hacerse cuando se publiquen los riquísimos fondos inéditos del Museo de Belem (Lisboa) y pueda estudiarse de modo completo la antigua colección Blanco Cicerón, hoy prácticamente inasequible a la investigación directa.

Sus incisiones de líneas alternas, lisas o rayadas y su flequillo en dientes de lobo incisos es interesante. En las bases, temas circulares incisos o estrellados responden a tradiciones presentes en la industria cerámica del momento, quizá como herederas de tradiciones de la cerámica campaniforme.<sup>27</sup>

Esta simple decoración geométrica ha sido puesta en relación tanto con la temática decorativa de la aludida cerámica campaniforme como con las célebres decoraciones de los ídolos, placa y báculos de pizarra megalíticos. Sin embargo hemos de recordar que esas simples decoraciones incisas caracterizan toda la orfebrería atlántica en un momento dado, pues aparecen sobre discos de oro, lúnulas, hachas, etc. También aparecen en el repertorio más amplio de la temática céltica hallstática posterior. En realidad las vasijas de Caldas de Reyes hallan su paralelo más próximo en obras del tercer período de la Edad del Bronce europeo.

De modo análogo el famoso peine de oro y el collar o torques de varilla rígida, cuyos extremos son remates planos, y los treinta gruesos brazaletes abiertos, con o sin engrosamiento central, parecen corresponder a ese momento. En conjunto, todo ese lote representa muy bien el nuevo concepto de riqueza acumulativa que hemos señalado, pues esos brazaletes constituyen propiamente verdaderos lingotes de oro más que joyas.

Otro conjunto del máximo interés es el tesoro de Villena, que por su ubicación marca el extremo oriental de esa provincia continental que hemos señalado. El tesoro de Villena es mucho más complejo. En primer lugar ofrece tres tipos de objetos, vajilla, restos ciertos de un cetro y brazaletes. Llama poderosamente la atención la falta absoluta de collares.<sup>28</sup>

La vajilla, compuesta de un lote de once cuencos de oro profusamente decorados mediante la técnica del batido o seudo repujado, se completa con cinco frascos o botellas, tres de las cuales son de plata. Los cuencos de oro, aunque son únicos por ahora en la Península, responden, tanto en su forma como en su técnica decorativa, a la vajilla característica del norte de Europa durante el IV período de la Edad del Bronce donde se hallan, por ejemplo, en hallazgos de impresionante semejanza, como los ocho ejemplares de Messingwerk.<sup>29</sup> Pero

27. F. BOUZA BREY, *El tesoro prehistórico de Caldas de Reyes (Pontevedra)*. Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones, n.º 2. Madrid, 1942. Las decoraciones cruciformes o estrelladas de la base de las piezas responden a una tradición constante en muchas cerámicas peninsulares a partir de las vasijas del estilo campaniforme de Ciempozuelos.

28. J. SOLER, *El Tesoro de Villena*, citado, nota 15. Véase también del mismo autor, *El oro de los tesoros de Villena*. Trabajos varios del SIB, n.º 36. Valencia, 1969.

29. G. KOSSINA, *Der Germanische Goldreichtum in der Bronzezeit*. Würzburg, 1913.

es interesante hacer un rápido repaso de los hallazgos europeos y de su ubicación.<sup>30</sup>

A nuestro juicio, aparte del citado conjunto de Messingwerk (Eberswalde), pueden señalarse semejanzas que pueden ser totales con el famoso cuenco de Zurich (pese a su mayor tamaño y decoración por reserva). También ofrecen paralelos las vasijas de Mjövik (Blekinge, Suecia), Albersdorf (Holstein), Eilby Lund (Fünen), Avernakö (al sur de Fünen), Langendorf (Franzburg), Boeslunde (Seeland), Gjerndrup (sur de Jutlandia), Lalegaard (Schlewig), Werder (Brandenburgo), Depenau (Holstein) y Krottarf (Ostscherslaben). Y es interesante comprobar que salvo el ejemplar de Zurich todos los restantes hallazgos se sitúan alrededor de Dinamarca, norte de Alemania y sur de Suecia, es decir, en una área típicamente germana.

Si tuviéramos en cuenta exclusivamente la técnica decorativa prescindiendo de la forma, podríamos poner también en relación los cuencos de Villena con los famosos conos rituales de oro de Schifferstadt, de Eteldorf-Buch y de Avanton (Vienne).<sup>31</sup> Dada la singularidad de esta vajilla en la Península nos inclinariamos a admitir que fue labrada por un artífice que se había formado en el círculo nórdico en el que tales vasijas ofrecen en realidad una cierta continuidad de técnica con la etapa anterior del Bronce III. No creemos, sin embargo, que esta consideración indique que se trate de vasijas importadas, es decir, no fabricadas en España. A favor de su fabricación hispana parece hablar la presencia de frascos de plata, tan abundantes en esa área peninsular en épocas posteriores. Esos frascos de Villena no tienen por el momento ningún paralelo seguro conocido, salvo semejanza de formas con manufacturas cerámicas de diversas épocas.

Hemos de insistir en que la existencia del conjunto de Villena no indica que todas las piezas sean obra de la misma mano, aunque no puede descartarse la posibilidad de que en la corte del Príncipe de Villena funcionara un núcleo de artesanos libres o siervos a su servicio.

Pensando en el tesoro de Villena con insistencia vemos que dos de los rasgos que hemos destacado vale la pena meditarlos: el área nórdica de los mejores paralelos de la vajilla y la falta de collares o torques. Si damos una ojeada a la orfebrería europea observamos fácilmente una diferencia entre el área propiamente nórdica y el área central de formación y difusión de los pueblos celtas en relación con el uso de collares. En el área nórdica el collar o torques de oro se utiliza en menor escala hasta un momento muy avanzado. Frente a la profusión de collares y torques célticos continúan predominando

30. Cf. POWELL, *Prehistoric Art*, pág. 154, fols. 148-149; PPS, 1953, lám. XXVII.

31. J. MALUQUER DE MOTES, *La vajilla del Tesoro de Villena*. En preparación.

en el norte los collares de cuentas, posiblemente por la presencia del ámbar. Esos collares de cuentas se enriquecen con múltiples bandas y darán lugar a collares de metal de tipología totalmente distinta de los que prevalecen en el área céltica. Más tarde, durante el Bronce IV, por influencia centroeuropea a través precisamente de la ruta del ámbar, tomarán carta de naturaleza en el norte los torques típicos.

Estas dos consideraciones permitirían sugerir que la tradición que se halla presente en Villena tiene un carácter más marcadamente germánico que céltico. Si por otra parte se recuerda que la penetración de grupos humanos europeos durante fines de la Edad del Bronce es un movimiento sumamente complejo, aunque la mayor parte de los grupos puedan proceder de las áreas del centro y oeste de Europa, no puede excluirse la posibilidad de la presencia de otros grupos situados más hacia el norte.

Más tarde, cuando las fuentes escritas nos indican los nombres de las tribus de la Meseta, se citan en Sierra Morena precisamente los *germani*, y más tarde conocemos también su capitalidad como *Oretum germanorum*. Es, por consiguiente, posible aceptar la idea de la presencia de un grupo de germanos en Villena o de artesanos cautivos, responsables, en definitiva, de una parte de la técnica y composición del famoso tesoro.

Conviene ahora hacer algunas consideraciones sobre los propios orfebres. Durante mucho tiempo ha sido considerada la figura del orfebre ambulante como medio fácil de explicar afinidades y semejanzas entre diversas joyas halladas en áreas geográficas distintas. Tal consideración, ciertamente aceptable en determinados momentos históricos, no tiene validez ante ciertas condiciones socio-económicas.

En primer lugar, la figura del individuo ambulante durante la Edad del Bronce no encaja en el tipo de sociedad que la arqueología permite reconstruir. El artesano orfebre requiere habilidad, paciencia, conocimiento de unas técnicas elementales y disponer del metal necesario. No se trata de un caso análogo al de los primeros prospectores mineros que, en busca de mineral de cobre, dan con unas arenas auríferas, y son capaces de fabricar unas joyas sencillas para uso propio. El orfebre es un especialista en una sociedad jerarquizada, cuyas necesidades básicas deben estar resueltas para poder dedicar su tiempo a la fabricación de joyas. El joyero ambulante corresponde, en general, a una sociedad industrializada que tiene necesidad de recurrir a la recuperación de metal para mantener una determinada producción. Por ello la actividad de los orives ambulantes es la del buhonero, que cambia o moderniza las joyas y aun es capaz de arreglos, no es primariamente el verdadero creador. Esa actividad indica una comercialización de las joyas, que tiene su momento más adecuado en la

etapa de las colonizaciones históricas. Durante la Edad del Bronce es más correcta la visión del orfebre que, libre o esclavo, vive en relación con un señor, con una casa, y su misión es la de cubrir, mediante su habilidad, las necesidades que se le indiquen de modo análogo a la función del cazador profesional encargado de proveer de caza la mesa del señor. Es evidente que en ese sentido la habilidad individual juega un papel muy importante, del mismo modo que la del herrero que domina los secretos de la metalurgia.

En todo caso nos parece muy posible poder señalar la presencia de un elemento germánico en Villena. La indudable presencia de las piezas de un cetro nos indica que el conjunto del tesoro responde bien a un tesoro de la corte de algún régulo y no a un eventual botín de guerra, en el que no faltarían armas o collares.

El resto de las piezas de Villena es también interesante. Los brazaletes calados o con púas indican una técnica original, que, pese a su dispersión por la Península, tuvo en Villena un foco importante. Otro aspecto interesante es la aparición de ensayos de la técnica que llevará al nacimiento del embutido o nielado. La decoración de una semiesfera de hierro con hoja recortada de oro y aplicada no tiene nada de original, pues responde a la tradición de decorar la cerámica mediante hojas de estaño, y ésta, al uso de corteza de abedul con la misma finalidad en el área suiza, incluso puede tratarse de una típica técnica indígena, puesto que parece tratarse del mismo sistema decorativo que hemos visto en el puñal del sepulcro con vaso campaniforme del Pago de la Peña en Zamora. Por el contrario, la presencia de barritas con púas para ser incrustadas en el cetro de madera constituye, a nuestro juicio, el primer ensayo que llevará a los pueblos hispanos al desarrollo de la importante técnica del nielado entre iberos y celtíberos.

La posibilidad de que el tipo de espadas con pomo de oro que hemos estudiado puede relacionarse algún día con el tesoro de Villena a raíz del esperado estudio del tesoro de Cuenca en nada contradice la posibilidad de ver en el foco villenense la presencia de un elemento germánico. Sería, sin embargo, suficiente para indicarnos que ese grupo no debe integrarse con los típicos invasores que introducen en la Península las espadas de bronce fundidas con empuñadura calada. También podrá integrarse a este momento el famoso casco de plata de Cuevas de Vinromá.<sup>32</sup>

32. El famoso casco de plata del Instituto de Valencia de Don Juan (Madrid) fue adquirido por mediación de M. Gómez Moreno, quien siempre afirmó su procedencia de Cuevas de Vinromá (Castellón), pero fue publicado por primera vez por J. Martínez Santa Olalla como procedente de Caudete de las Fuentes. La bibliografía posterior repitió esa última procedencia, salvo Gómez Moreno, que ha mantenido siempre su origen castellanense. Nosotros aceptamos en principio su opinión, puesto que fue

A comienzos del primer milenio antes de J. C., la colonización histórica fenicia y griega renovará el estímulo mediterráneo que habíamos visto con el desarrollo de la cultura del Argar y aún antes con la colonización neolítica. Al ejercerse la colonización sobre las costas meridionales posibilitarán el desarrollo de Tartessos, de ahí que podamos calificar de joyería tartésica la que se desarrolla en Andalucía durante los siglos VIII al VI a. J. C.<sup>33</sup>

De modo lógico, los primeros mercaderes, tanto fenicios como griegos, no importaron joyas durante sus primeras etapas de contacto con el mundo indígena occidental. Su interés inicial se hallaba orientado a explorar las posibilidades mineras en cobre y estaño y su comercialización. La gran abundancia de plata debió constituir una de las grandes sorpresas, pues es difícil admitir que en el Mediterráneo oriental se hubiera conservado el recuerdo de la minería argárica dadas las grandes transformaciones sufridas entre los pueblos del Egeo en los siglos XIII-XI, aunque tampoco puede descartarse por completo, puesto que la riqueza del Occidente pudo ya entonces engendrar una leyenda que, al no precisar datos concretos, fuera transmitiéndose de generación en generación. De hecho sabemos que entre los pueblos tartésicos una tradición oral viva hacía remontar sus leyes y poemas a la fabulosa antigüedad de seis mil años.

El contacto con caudillos y régulos del interior que, como hemos visto por el tesoro de Villena, disponían de gran cantidad de oro y plata labrados, constituiría un verdadero estímulo para la importación de joyas. Sin embargo, hemos de preguntarnos si esa importación la realizaron los colonos primariamente para la venta a los indígenas o para su propio uso. Si aceptamos las fechas tradicionales para la fundación de Gadir, vemos cómo a los tres siglos de contactos se han desarrollado en el sur de la Península unas ciudades (como Sexi, Malaca, Abdera) en las que residía una burguesía rica que hace expresa gala de esa riqueza y que imita las clases pudientes de su antigua metrópoli. Posiblemente los avatares políticos de las ciudades fenicias, la presión fiscal ante las continuas exigencias de los reyes asirios y el temor, moverían a un buen número de comerciantes a establecerse en las lejanas colonias. O grupos de agentes y administradores con su residencia en Occidente hallarían la oportunidad de rehacer sus vidas y adquirir un rango al que no podían aspirar en Tiro. Sea lo que fuere, ahora aparece

el primer conocedor de la pieza. En todo caso la procedencia importa poco, lo que sí es interesante es que sin duda apareció en una sepultura de guerrero saqueada por buscadores de tesoros y que bien pudo ser semejante a la famosa sepultura de Les Ferreres de Calaceite, que proporcionó la coraza de bronce conservada en el Museo de Mahón y el célebre candelabro.

33. Cfr. Tartessos. V Symposium de Prehistoria Peninsular, Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, 1969.

una burguesía colonial o criolla de nuevos ricos que a buen seguro desearían emular y superar el lujo y ostentación de su propia clientela indígena y verían en la importación de materias de lujo y en joyas de última novedad de la metrópoli la mejor inversión de parte de sus ganancias.<sup>34</sup>

Los hallazgos de necrópolis como las de Sexi nos ponen en con-

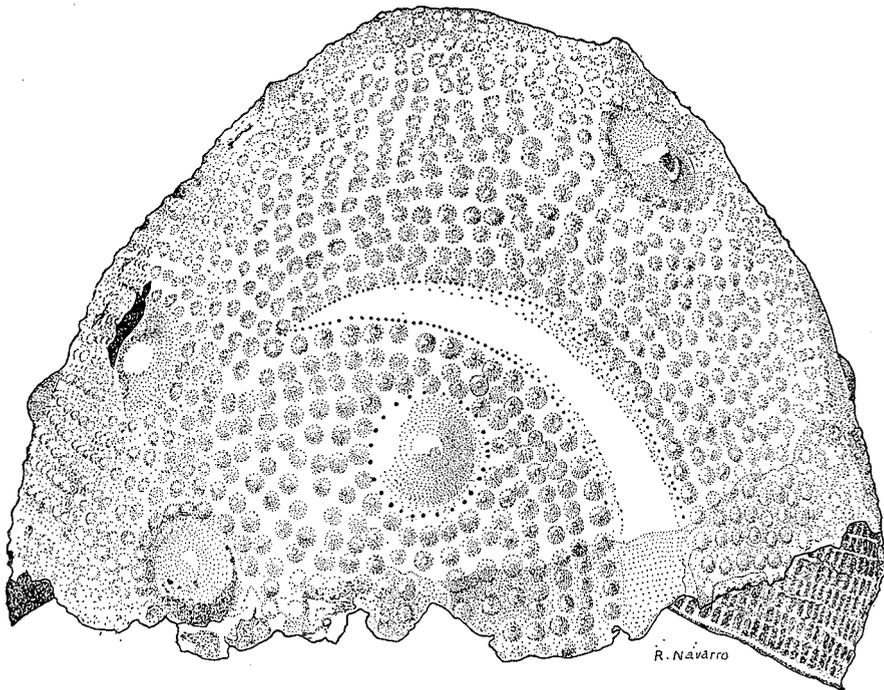


Fig. 4. — Casco de plata con decoración repujada procedente de Cuevas de Vinromá (Castellón de la Plana).

tacto con esa burguesía colonial que amortizaba en sus ajuares funerarios perfumes orientales, urnas de alabastro, cerámica de precio, joyas y escarabeos, etc. Por lo que a la orfebrería se refiere podemos admitir fácilmente que quienes exportaban metales en cantidad (estaño, cobre, plata, oro) se hallaban en óptimas condiciones para obtener las manufacturas más caras, las joyas de moda que aventajaban

34. M. PELLICER, *Excavaciones en la necrópolis púnica Laurita, del cerro de San Cristóbal, Almuñécar, Granada*. Excavaciones en España, n.º 17. Madrid, 1962. Últimamente la extensión hacia Huelva del impacto orientalizante es de gran importancia. Cf. J. P. GARRIDO y E. ORTA, *Excavaciones en Niebla (Huelva)*. Mem. S. N. Exc. Arq., n.º 57; ídem, n.º 63 (*Cabeza de la Esperanza*); íbidem, n.º 71 (*Necrópolis de La Joya, Huelva*), y además en *Trabajos de Prehistoria*, 1963.

por su refinada calidad y técnica cuando pudieran producirse en los talleres accidentales. Técnicas como el granulado, generalizado en Egipto desde mediados del milenio anterior, y la filigrana eran totalmente desconocidas en Occidente, donde hemos visto cómo durante la Edad del Bronce la joyería conjugaba la abundancia de oro y plata con formas y técnicas muy simples (molduras, calados, decoraciones incisas) que desconocían procedimientos como la soldadura, que en Oriente hacía siglos que se había generalizado. Importaciones de joyas procedentes de talleres sirios, fenicios y rodios se documentan desde fines del siglo VIII y muy pronto acusarán la tendencia general de la moda orientalizante, que se extiende por todo el Mediterráneo y que habrá de encontrar su foco más occidental precisamente en la joyería tartésica.<sup>35</sup>

En una segunda fase podríamos admitir el establecimiento de orfebres orientales en esas ciudades andaluzas, verdaderas sucursales que trabajarían no sólo para esa nobleza colonial, sino también para los clientes indígenas, ya que cuidarían de «modernizar» sus joyas. Sin duda eran precisamente esos clientes indígenas más generosos por atribuir al metal en sí un menor valor. A partir del siglo VII, esos talleres occidentales, cuya ubicación desconocemos, desarrollan una orfebrería orientalizante, de acuerdo con la moda general mediterránea que había alcanzado por aquellos tiempos Grecia continental, Utruria y Sicilia. Con ella la técnica del granulado y de la filigrana se introducen en la joyería indígena dando lugar a la joyería tartésica, de la que poseemos espléndidas muestras en joyas halladas en Cádiz, Ébora, Carambolo y La Aliseda, etc.

En esos conjuntos en los que dominan las orientaciones y técnicas orientalizantes es difícil decidir qué piezas son de importación y cuáles fueron fabricadas en España. La vacilación en ese caso es muy lógica y lo mismo acontece en Etruria o en la propia Grecia arcaica. Sin embargo, dada la gran abundancia de oro y plata en nuestras tierras y la ya larga tradición de orfebrería que hemos visto comenzar antes del año 2000 a. de J. C., podemos aceptar fácilmente que en su mayor parte las joyas que conocemos de esos siglos sean de fabricación occidental, o sea tartésicas. La misma geografía de los hallazgos nos lo confirma, ya que esas joyas, con técnicas orientalizantes, aparecen precisamente coincidiendo con el área más acusada de expansión comercial tartésica. Esta expansión apunta directamente hacia los territorios ricos en estaño y oro señalados por la dispersión de los más típicos productos de la industria broncea tartésica. Esta misma

35. La bibliografía sobre joyería tartésica en A. BLANCO FREIJEIRO, *Orientalia*, I, 1965, y II, 1960, en *Archivo Español de Arqueología*; complétese con M. E. AUBET, *Selección de bibliografía moderna para el análisis de los problemas de Tartessos*, en *Tartessos*, V, Symp. de Preh. Peninsular, Barcelona, 1969, págs. 407 ss.

expansión que cubre, aparte del mediodía peninsular, una extensa área del occidente (Extremadura hispano-portuguesa e incluso penetra

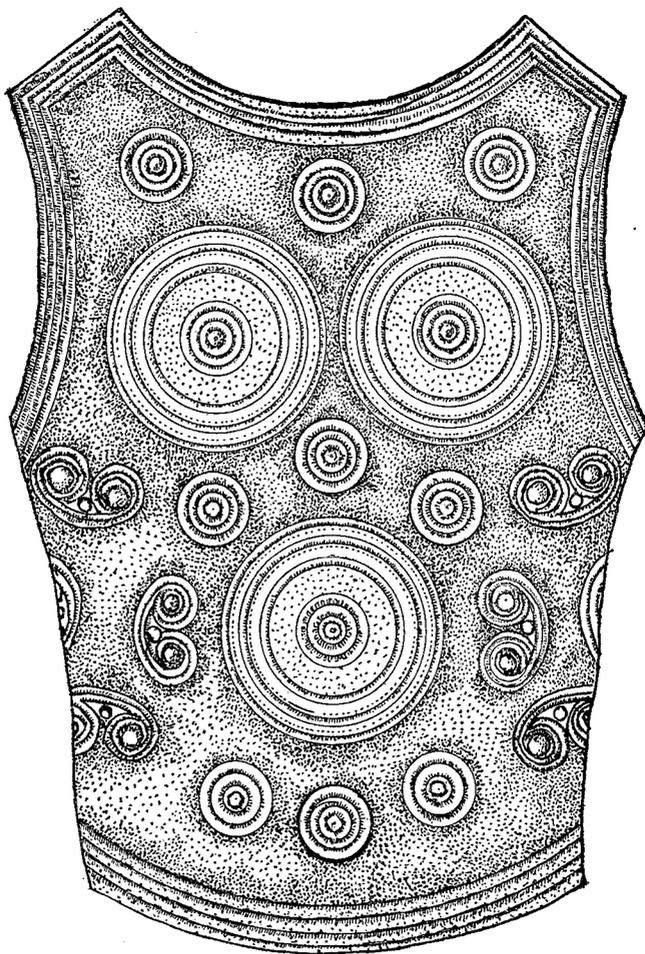


Fig. 5. — Coraza de bronce de la sepultura tumular de Les Ferreres, Calaceite (Teruel).

en la meseta norte hacia Salamanca y Segovia) nos indica la gran amplitud de la demanda que tuvo que abastecer la joyería meridional, y constituye un nuevo argumento en pro de la fabricación local en occidente, es decir, de su carácter tartésico.<sup>36</sup> También esa expansión

36. A. GARCÍA Y BELLIDO, *Materiales de Arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce*. A. E. A. Madrid, 1956, y también *Bronces tartésicos*, en el V Symposium de Prehistoria Peninsular citado (1969, págs. 63 ss.).

occidental nos explicará la influencia de esas técnicas en la joyería posterior y la larga pervivencia de algunas de ellas, como la propia filigrana, hasta épocas históricas muy posteriores y su adopción incluso en el arte popular hasta nuestros días.

En el Levante y en el Nordeste, zona propia y casi exclusiva de la colonización griega, el panorama es muy distinto. En primer lugar se trata de unas áreas pobres en minería. No existe el estaño ni se documentan para esa época explotaciones de plata o de cobre, aunque pudo existir oro aluvial en algunos ríos y torrentes pirenaicos.

De las factorías comerciales griegas antes de la aparición de los Focenses y de la fundación de Emporion apenas sabemos la existencia de Rhode y media docena de topónimos griegos sin localizar. El carácter de verdadero curso de muchas de esas expediciones no parece propicio a la idea de la importación de joyas. Cuando, a fines del siglo VII (poco después de Massalia, fundada en el 600), nace Emporion, se trata de una simple escala en la navegación que pretende ligar las factorías griegas del sur y sudeste (Mainake y Hemeroskopion) con Massalia. Su influencia sobre las poblaciones indígenas es prácticamente nula durante su primer siglo de existencia, dato bien acusado por la arqueología. En la propia Emporion, por su carácter inicial de mera factoría, no de polis, no se puede documentar la existencia de ninguna burguesía exótica o colonial, por lo menos hasta que bien entrado el siglo V se desliga de Massalia y se transforma en una polis independiente, organizándose en una incipiente entidad municipal. Por ello los hallazgos de joyas griegas son nulos en el área que señalamos hasta el siglo IV y se incrementarán de modo notable durante la época helenística (Tivissa, Serós y la propia Emporion).

Sin embargo, desde comienzos del primer milenio se documenta un continuo fluir de pueblos continentales europeos hacia Cataluña. Entre esos grupos de procedencia centroeuropea bien documentada no existe una verdadera uniformidad, y los prehistoriadores señalan la existencia de dos grupos bien diferenciados cuyas raíces hay que buscar en los grupos de «pueblos de los Túmulos» del final de la Edad del Bronce y de los «Campos de Urnas». Estos pueblos desarrollaban una brillante metalurgia del bronce y usaban profusión de collares, brazaletes, ajorcas, anillos, fíbulas, etc., de cobre o bronce, y en menor escala de plata y oro.

La escasez de metales nobles en la región del nordeste ya señalada estimuló esa joyería menor, aunque no faltan joyas de oro como algún torques (Tremp, Lérida) o algunos brazaletes de plata (necrópolis de La Palma en Tortosa, etc.). A mediados del siglo VI y comienzos del V existe una mayor abundancia de plata y muchas hebillas de bronce

aparecen chapadas en plata o enriquecidas con clavos de plata (La Palma, Tortosa).<sup>37</sup>

Es interesante observar que con la llegada de estos pueblos continentales de la primera Edad del Hierro se introduce también la verdadera orfebrería hallstática, que, como es bien sabido, adopta algunas de las técnicas mediterráneas de la época orientalizante (como el gra-



Fig. 5. — Disco de oro de la necrópolis de Fonte Velha, Bemsafirim, repujado y enriquecido con una decoración alfabétiforme de granulado. (Museo de Figueira da Foz, Portugal.) A 2/1.

nulado), recibido al norte de los Alpes como procedente del comercio etrusco. Los hallazgos peninsulares son escasos, pero muy elocuentes, como el famoso pendiente de Fortanete (Teruel), y en esos casos la presencia de la técnica del granulado no tiene relación alguna con la expansión de la mencionada joyería tartésica.

La fama de Tartesos se había cimentado en su abundancia en plata, cuya gran riqueza constituye una constante en las escasas fuentes literarias que se nos han conservado. Recordemos que la plata figura en lugar preeminente entre las riquezas de la Tarschich bíblica. De raíces argénteas es el río Tartesos. Plata en abundancia obtienen los focenses para proveer a la fortificación y defensa de su metrópolis,

37. En el bajo Ebro un grupo de necrópolis mal conocidas e inéditas en gran parte (Oriola, Mas de Mussols en La Palma, Mianes, etc.) muestran una gran riqueza en materiales bronceos desde mediados del siglo VI a fines del V a. C., sólo comparables con las famosas necrópolis excavadas por el Marqués de Cerralbo. Sin embargo, en el bajo Ebro se notan claros contactos mediterráneos con Narce (Italia) y Finochito (Sicilia), prueba del comercio, no sólo griego, sino también púnico en estas costas catalanas.

y el propio nombre del famoso Argantonio es el de la plata. Sin embargo, la orfebrería tartésica conocida es más abundante en oro (Tesoro del Carambolo, de Málaga, Cádiz, Ébora y La Aliseda), sin que falten las joyas de plata, y no sólo joyas sino objetos rituales (jarros, braseros, etc.).<sup>38</sup>

A partir del 500, y tras la desaparición de Tartesos, parece que el uso de la plata en la Península adquiere un volumen insospechado. Las propias fuentes al referirse a los Turdetanos nos dicen que la plata era tan abundante que se la utilizaba incluso para la fabricación de toneles y pesbres, y es bien conocida la anécdota de que algunos mercaderes substituían con lingotes de plata las anclas de sus naves para aumentar el cargamento.<sup>39</sup>

Probablemente los cartagineses muy pronto, tras la desaparición de Tartesos estimularon directa o indirectamente la producción de plata y de hecho el amplio desarrollo que adquieren las acuñaciones griegas de plata en las ciudades sicilianas parece confirmarlo. En todo caso esta mayor abundancia de plata se reflejará en los hallazgos arqueológicos de los siglos inmediatamente posteriores, conservados pese a la inmensa saca de oro y plata labrada realizada por la rapacidad romana en los primeros años de la conquista, a fines del siglo III.<sup>40</sup>

Durante la segunda Edad del Hierro podemos señalar tres áreas importantes en la orfebrería peninsular: la ibérica, la celtibérica y la castreña. No se trata de áreas cerradas, sino que están muy relacionadas entre sí, aunque mantienen casi siempre una originalidad propia en la que se reúnen diversas tradiciones, como la tartésica y la griega, en el área ibérica. La céltica continental (La Tène), más la mediterránea, en el área celtibérica propia de la Meseta. El área castreña es la que mantendrá durante mayor tiempo una tradición propia menos permeable.

Las dos primeras áreas (ibérica y celtibérica) tienen de común el perfecto dominio de las técnicas mediterráneas que habían caracterizado la orfebrería tartésica (la filigrana, el granulado, el dorado, el uso de finísimas cadenillas y trenzados, etc., y el ahorro en lo posible de metal). Por otra parte, asistimos a una verdadera industrialización que multiplica extraordinariamente las joyas sencillas, principalmente arracadas de tipo liso amorcillado, que aparecen totalmente generalizadas en las necrópolis ibéricas, aparte de Emporion e Ibiza (Albu-

38. Cf. TARTESOS, V Symposium de Prehistoria Peninsular. Universidad de Barcelona, 1969.

39. *Ps. Arist.*, comentado en A. GARCÍA Y BELLIDO, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*. Madrid, 1942, pág. 79.

40. Para la orfebrería de la Meseta véase F. ALVAREZ OSORIO, *Tesoros españoles antiguos en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid, 1954; y J. SAN VALERO APARISI, *Tesoro preimperial de Drieves (Guadalajara)*. Madrid, 1945.

fereta, Cabecico del Tesoro, Cigarralejo, etc.). Esta producción industrializada, que domina durante todo el siglo IV y III, va a rarificarse hasta desaparecer en el Levante ibérico con la conquista romana. Hallazgos esporádicos en poblados como Serra de l'Espasa y Tivisa (Tarragona), La Bastida, etc., nos confirman la gran extensión de la orfebrería ibérica en esos siglos y la influencia dominante de la griega, de la que algunas piezas, como el collar de Soses, parecen ser incluso verdaderas importaciones. Hallazgos excepcionales, como los de Jávea, Cheste y Mogón, nos muestran hasta qué punto la orfebrería ibérica, inmediatamente anterromana, es la heredera más calificada de la joyería tartésica de la primera Edad del Hierro.<sup>41</sup>

Es de mencionar aquí de nuevo la extensión del gusto por el adorno en todos los niveles sociales, que se manifiesta en una inmensa producción de lo que podría denominarse una bisutería de calidad, manifestada en miles de torques sencillo, collares con cuentas de pasta vítrea, brazaletes pulseras, tobilleras, anillos y broches, y fibulas. No parece ser ajena a esa producción la presencia griega con las ciudades de Emporion, Rhode y Agatha por el uso del coral, que será exportado a toda el área céltica continental,<sup>42</sup> dando origen a una industria local en el noroeste, que, con diversas vicisitudes, ha llegado a nuestros días. En esta área ibérica, pero más aún en el área celtibérica, una relación comercial amplísima por todo el Occidente habrá de generalizar una temática decorativa zoomorfa y geométrica, que será característica de la cultura gala de La Tène, y que se impone como verdadera moda hasta la época imperial romana.

En el área de la Meseta, que hemos llamado celtibérica para mayor comodidad y sin prejuzgar en modo alguno su relación con el elemento celtibero propiamente dicho, aparece ahora el amplio desarrollo de una orfebrería que utiliza preferentemente la plata para la fabricación de arracadas, torques, collares, trenzados o macizos, con o sin engrosamiento central. No falta tampoco la gran producción de vajilla de plata.

El foco principal de esta orfebrería parece que debe situarse hacia el borde meridional de la Meseta y tierras del alto Guadalquivir, zona

41. Para joyas ibéricas cf. H. SANDARS, *Joyas ibero-romanas halladas en Mogón, cerca de Villacarrillo (Jaén)*. Jaén, 1917. — J. R. MELIDA, *El tesoro de Jávea*, en Rev. de ABM, 1895. — *Tesoro encontrado en Santisteban del Puerto*. Adquisiciones del MAN, 1918. — J. CABRÉ, *Caracteres de la orfebrería hispánica según los últimos descubrimientos*, en rev. *Las Ciencias*. Madrid, 1939. — P. BOSCH GIMPERA, *Troballes a Tivissa*, en *Anuari de l'Inst. Est. Cat.*, 1923-4. — I. BALLESTER, *Restos de una joya de oro covaltina*. Crónica del Congreso de Alcoy. Cartagena, 1951. — J. MALUQUER DE MOTES, *El collar de oro itergeta de la Valleta del Valeroso*, en rev. *Zephyrus*, 1950, pág. 64.

42. Véase la profusión de coral en las fibulas de Ullastret, en R. NAVARRO, *Las fibulas en Cataluña*. Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona, PE, n.º 16, 1970, pág. 68.

de íntimo contacto del mundo ibérico y céltico peninsular. Sin embargo, los hallazgos Salvacañete (Cuenca), Drievés (Guadalajara) y el tesoro del convento de las Filipenses (Palencia), para no citar otros muchos, nos indican el aprecio que las tribus de la meseta hacían de las joyas, a pesar de la afirmación de las fuentes antiguas, evidentemente errónea, de que los celtíberos no las poseían por no hacer aprecio del oro y de la plata, lo que debe ser considerado como un verdadero bulo propalado intencionadamente por los generales romanos para justificar la escasez de entregas de botín al Erario romano.

Especial interés alcanza el uso de vajilla de plata, cuyo inmediato antecedente hemos visto al final de la Edad del Bronce en las famosas garrafas de plata del tesoro de Villena. Un gran conjunto como los famosos platos de Abengibre (Albacete) tienen el valor de atestiguar, por el carácter de sus inscripciones indígenas, el foco señero del alto Guadalquivir para esa producción argéntea.<sup>43</sup>

La multiplicidad de influencias y de interconexiones entre el área ibérica y la celtibérica se manifiesta, por ejemplo, en el tesoro de Perotitos (Córdoba) con la famosa pátera, cuyo umbo ofrece tan gran paralelo con la hallada en Tivissa (Tarragona), y ambas de tan arraigada tradición mediterránea.

Otro de los aspectos importantes de la orfebrería hispánica es el desarrollo de la técnica del nielado en oro, plata o cobre, cuyo antecedente posible hemos señalado en el tesoro de Villena. La dispersión de esta técnica en la totalidad de la Meseta y la cuenca alta y media del Guadalquivir es bien manifiesta por los hallazgos arqueológicos. Las decoraciones nieladas de las falcatas de Almedinilla (Córdoba) son técnicamente análogas a las magníficas decoraciones nieladas de las empuñaduras de los puñales, tahalíes e incluso piezas menores de la cultura de los castros de la Meseta hasta el Occidente (Cogotas, Chamartín en Ávila, Merchanas en Salamanca, etc.).<sup>44</sup> La temática de estas decoraciones nieladas acusa la orientación geometrizable, rectilínea o curvilínea, propias de la moda europea del Hallstatt final y de la Tène, pero la técnica parece ser propiamente hispánica, ya que sólo habrá de reaparecer en Europa, en época muy posterior, en el área germánica. Es muy probable que esa técnica haya sido trasladada al centro de Europa, del mismo modo que otros elementos culturales (el sistema defensivo de los castros contra los ataques de ca-

43. J. MARTÍNEZ SANTA OLALLA, *Una vajilla de plata del país de los Mastienos*. Investigación y progreso, año 8, n.º 6. — J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ y P. BELTRÁN VILAGRASA, *Los platos de Abengibre*. Publicaciones del Seminario de Historia y Arqueología de Albacete, n.º 2. Albacete, 1962.

44. Para la orfebrería castreña véase en primer lugar F. LÓPEZ CUEVILLAS, *Las joyas castreñas*, Madrid, 1951, y A. BLANCO FREIJEIRO, *Origen y relaciones de la orfebrería castreña*, Madrid, 1957.

caballería mediante el de campos de piedras hincadas, por ejemplo), por las tropas auxiliares hispánicas y las propias legiones que actuaron en Britania y en el Limes renano.

Existe finalmente una tercera área importante en la orfebrería de la segunda Edad del Hierro: La joyería castreña, que se desarrolla en el ángulo del noroeste peninsular (Galicia, León y el norte de Portugal).<sup>45</sup>

La extraordinaria riqueza en oro del territorio había provocado el florecimiento de un foco de orfebrería en el noroeste, paralelo al desarrollo de la metalurgia del Bronce, a fines del III período del Bronce europeo y durante el IV período. En este foco se reúnen la tradición local antiquísima, de la época del vaso campaniforme, con influencias europeas atlánticas (Irlandesas y Británicas) durante el Bronce III y hallstätticas más tarde. Las técnicas mantendrán como característica la sencillez y sobriedad. La riqueza se manifiesta en la propia cantidad de oro utilizada, que en algunos collares, por ejemplo, alcanza más de un kilo de peso.

La temática decorativa de la orfebrería castreña antigua es exclusivamente geométrica y se halla en la propia tradición de la Edad del Bronce. Las piezas principales son brazaletes abiertos o cerrados, macizos y torques de varilla rígida de sección circular o cuadrada, cuyos remates desarrollarán una amplia gama de variedades (botones planos, esféricos, globulares, glandes, etc., lisos o decorados). Existen ciertamente diversos focos y una gradación cronológica que no ha sido aún establecida. Parece ser norma general una tendencia progresiva al ahorro del metal y a una paulatina degradación de su pureza. Así las joyas, primero macizas, pasan a ser tubulares, y el oro fino adquiere un porcentaje creciente de plata y otra aleación.

Este foco del noroeste no desconoce las técnicas refinadas como el uso del granulado que hallaremos utilizado en algún caso o la filigrana o el hilo trenzado, pero parece que se complace en mantenerse en una simplicidad que contrasta enormemente con el barroquismo del resto de la orfebrería peninsular. Claro está que aparecen a veces joyas excepcionales, como el collar de Elviña o algunas arracadas como la de Briteirios, que podrían figurar como muestras de cualquiera de las restantes áreas peninsulares, pero dominan las joyas pesadas y macizas substituidas por formas tubulares más livianas, cuando con la dominación romana empieza a escasear la disponibilidad de oro entre los indígenas.

La cronología de la orfebrería castreña es difícil de establecer. En general puede admitirse que su florecimiento máximo es algo más

45. E. MACWITHE, *Estudios de las relaciones atlánticas de la Península Hispánica durante la Edad del Bronce*. Madrid, 1951.

tardío que el de las dos restantes áreas peninsulares. La tardía penetración romana en el noroeste había dejado a la población indígena dos largos siglos paralelos a la etapa de mayor rapacidad romana en el resto de la Península y, por consiguiente, a la de mayor valoración del oro. Los pueblos del noroeste no debieron desconocer las continuas exigencias romanas que así pudieron prevenir y es muy posible que la gran abundancia de joyas que se han conservado de esta zona sea debida tanto al retraso de la verdadera conquista romana como a la propia abundancia de oro local.

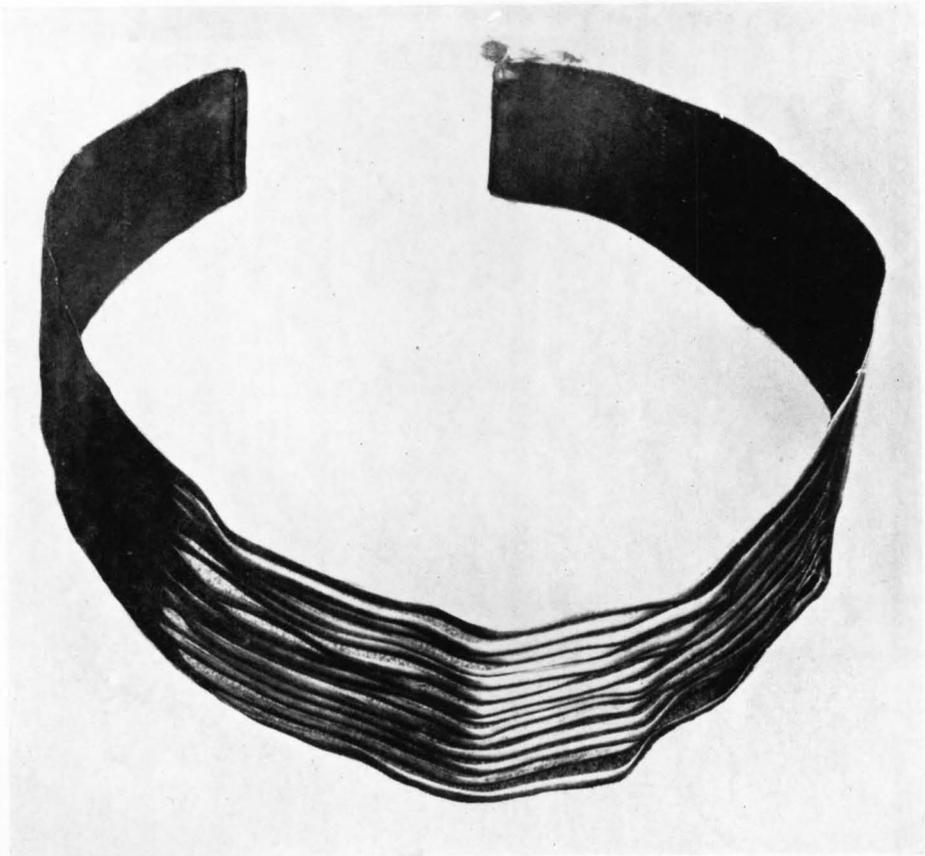
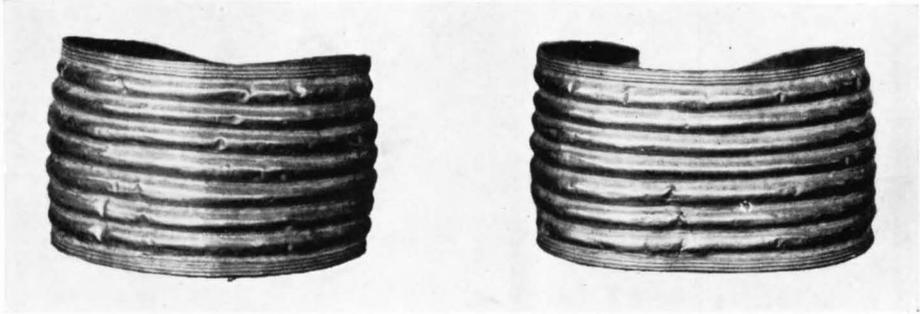
Con la romanización la orfebrería hispana pierde su originalidad y acaba por desaparecer. La gran extensión de la vida urbana con sus nuevos alicientes tiende a la unificación del gusto, al rechazo de lo tradicional y a la imitación de lo propiamente romano. Roma dicta en lo sucesivo la moda en orfebrería, y sólo con las invasiones bárbaras, y en particular con la llegada de los visigodos, la joyería hispana adquirirá de nuevo gran interés por su originalidad, aunque dentro de la técnica y la temática dictada por la inspiración bizantina.



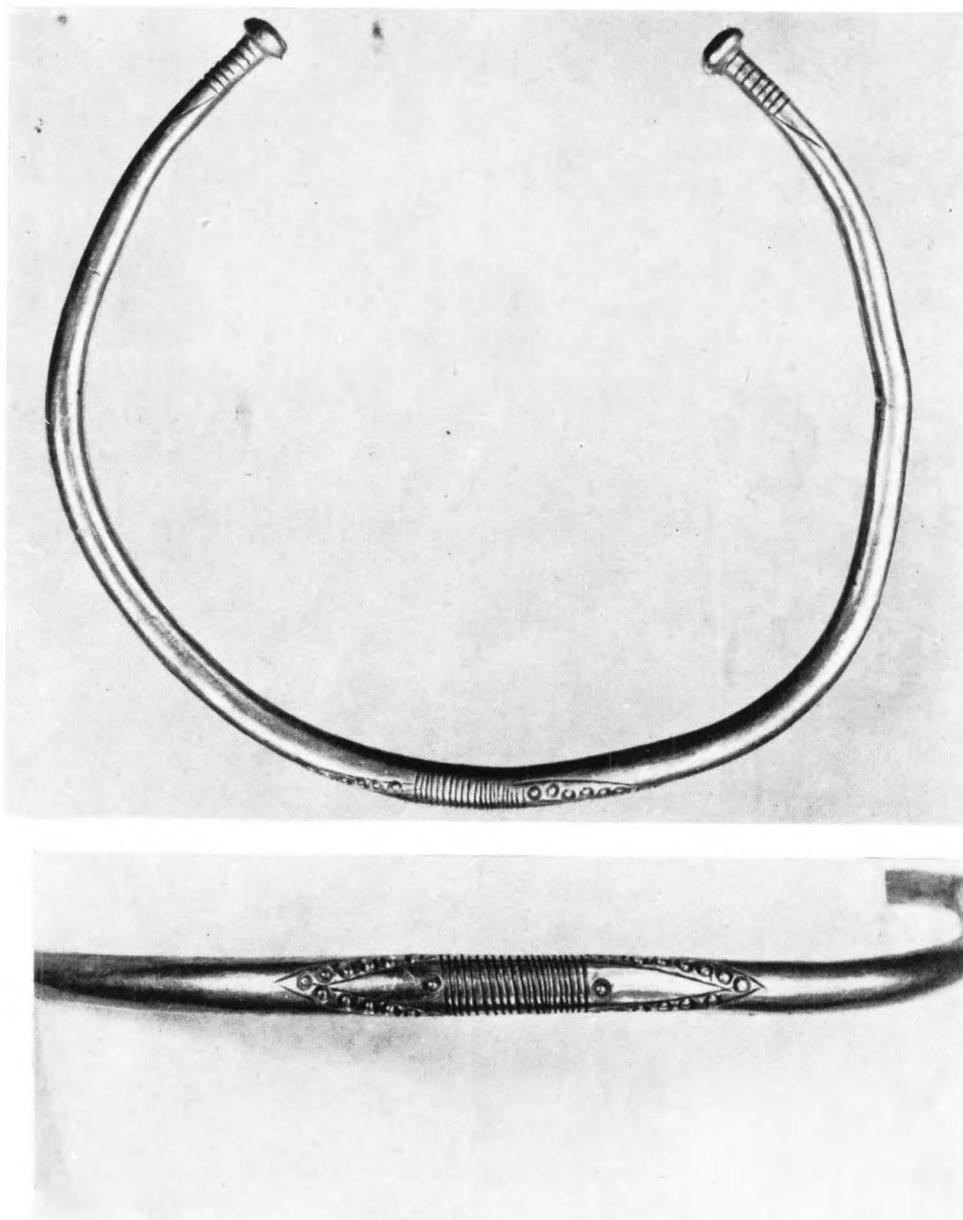
Detalle de la empuñadura chapada en oro de la espada de la antigua Colección Bauzá, de procedencia incierta, aunque probablemente de la Meseta (Guadalajara?, Cuenca?).  
M.A.N.



Detalle de la espada de bronce de Villaviudas (Palencia). Obsérvese el doble arco resaltado para recibir una chapa de oro análoga a la espada de la lámina anterior.



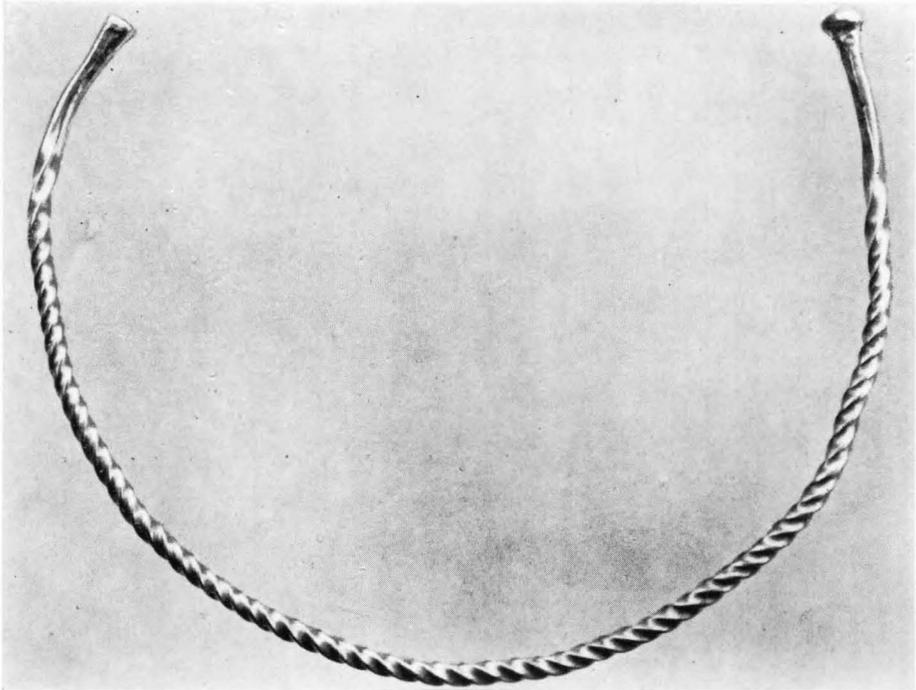
Brazzaletes de oro celtas, de Santiago (La Coruña). (Col. Blanco Cicerón.)



Torques de oro procedente de Jaramillo Quemado (Burgos), con detalle de su decoración incisa y troquelada.



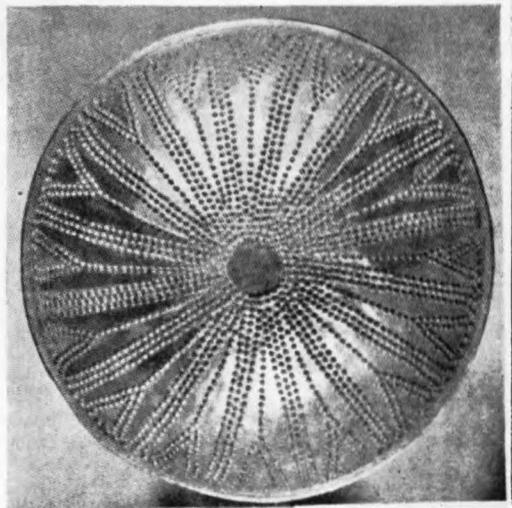
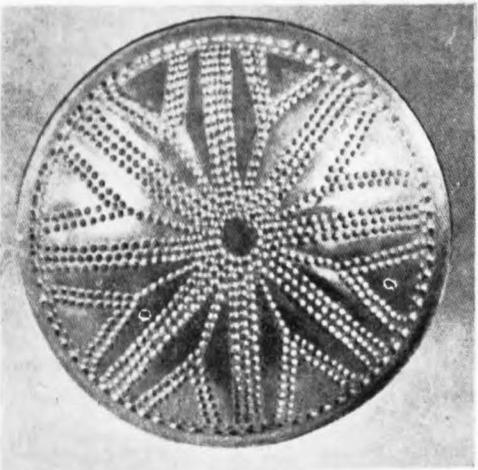
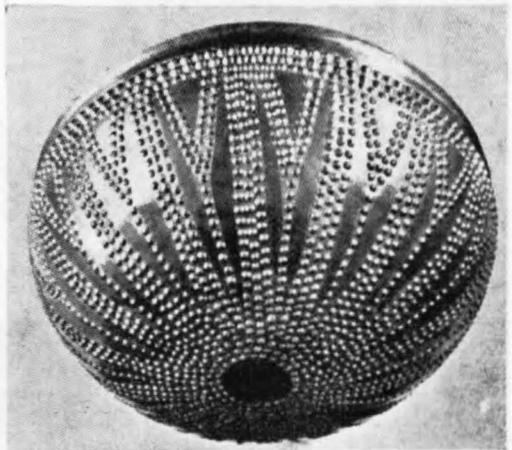
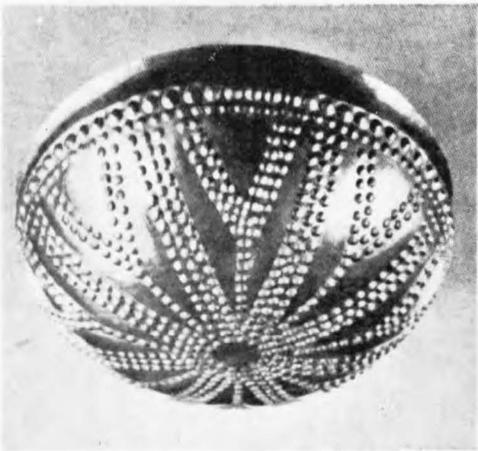
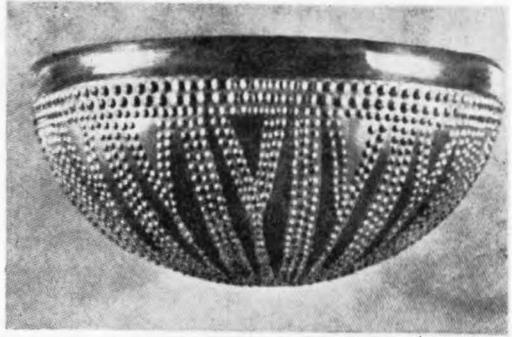
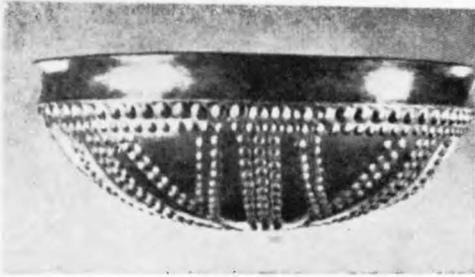
Torques de oro del hallazgo de Cheste (Valencia)



Torques de oro de Jaramillo Quemado (Burgos).



Torques de oro con botones terminales decorados con dibujo geométrico inciso, procedente de la Conca de Tremp (Lérida). Primera Edad del Hierro.



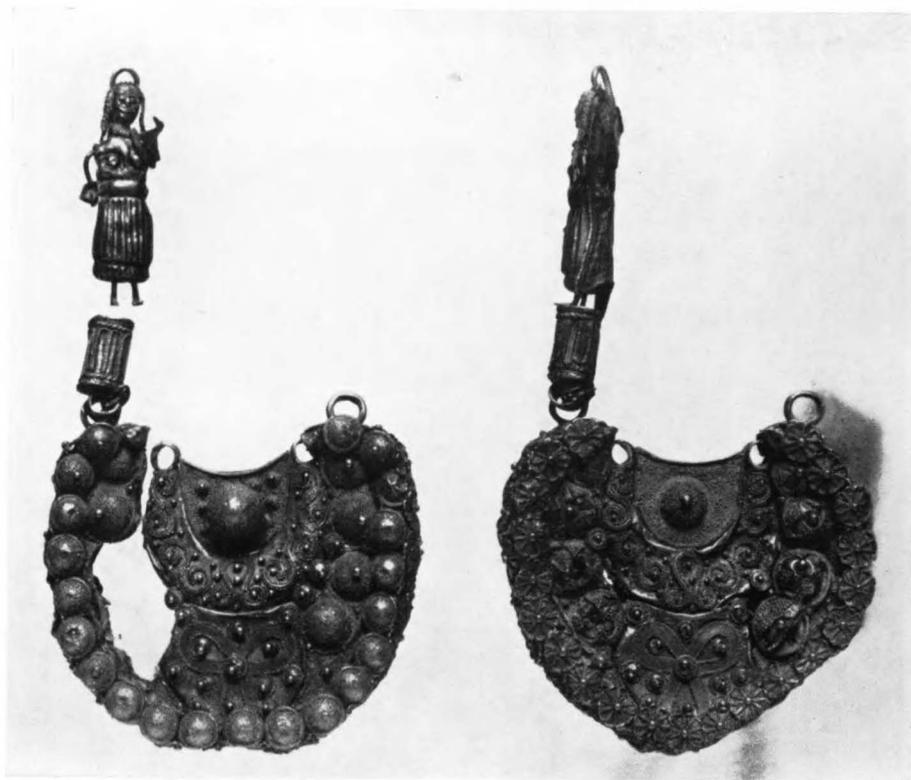
Cuencos de oro del Tesoro de Villena (Alicante).



Tres aspectos de una de las garrafas de oro del tesoro de Villena (Alicante). (N.º 41.)



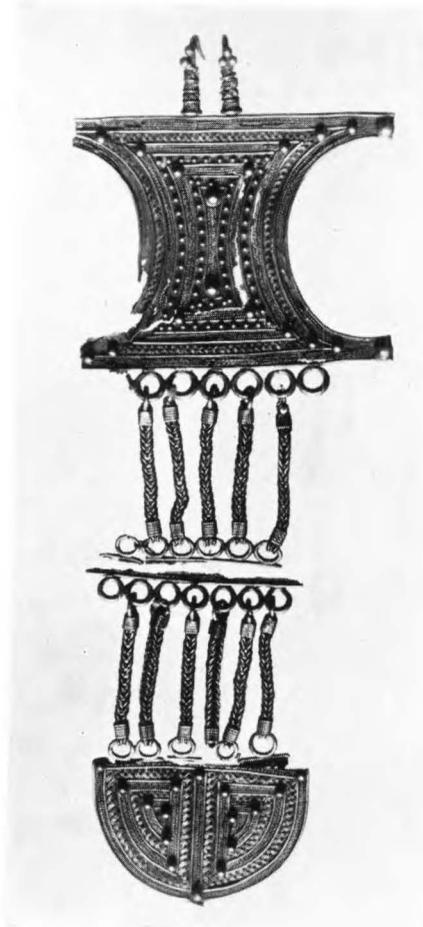
Brazaletes de oro de Estremoz, con molduras y picos, análogo a los brazaletes del Tesoro de Villena (Alicante).



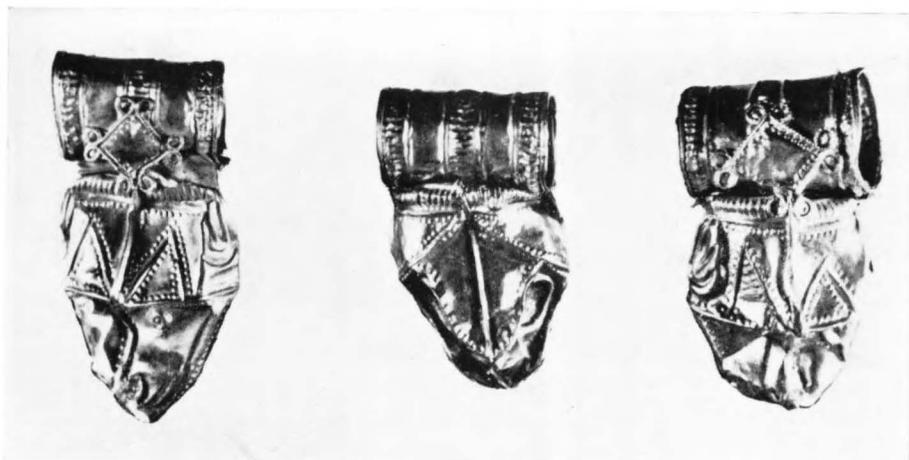
Arracadas de Santiago de la Espada (Jaén).



Detalle del cinturón de oro de La Aliseda (Cáceres). Obsérvese la típica decoración de granulado.



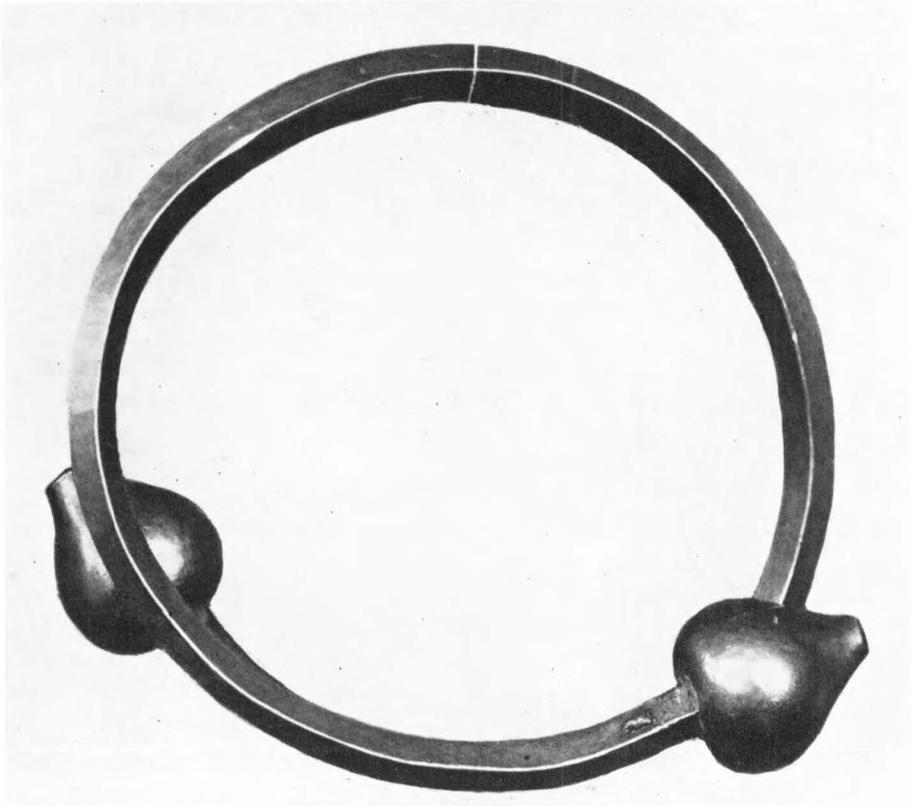
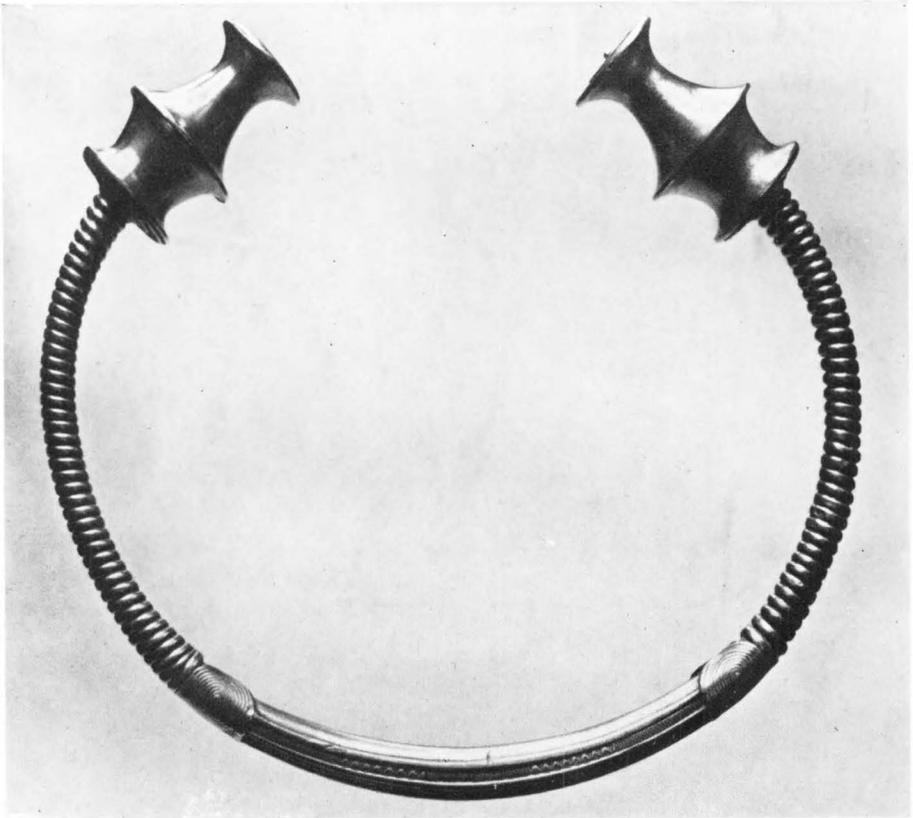
Complejo broche de oro de procedencia asturiana. Obsérvese la forma de la placa que evoca los pectorales del Carambolo.



Colgantes de oro de un collar que presentan la forma de cabezas de serpiente.  
Decoración repujada enriquecida con filigrana.



Fibula anular hispánica, de oro, con puente zoomorfo, de la segunda Edad del Hierro.  
Todas las piezas pertenecen al Tesoro de Chestre (Valencia).



Torques de oro característicos de la cultura castreña, procedentes de Galicia.